

BIBLIOTECA SELECTA
Cristobal Schmid

LA PALOMA



48

C
86
Luis



00037893

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

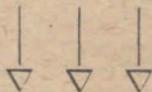
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MAS FOLCH

Barcelona, 21 de Septiembre de 1925

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
PASCUAL LLÓPEZ

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, Pbro.,
Scrio. Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



CRISTÓBAL SCHMID

LA PALOMA

EL CANARIO

TRADUCCIÓN DE
PEDRO PEDRAZA Y PAEZ

29.152



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

LA PALOMA

I

OBRAD CONTINUAMENTE EL BIEN

En el antiguo castillo de Falkenbourg, vivía, hace muchos siglos, un caballero llamado Teobaldo. De carácter noble y generoso, ejercía su protección valiosa en beneficio de todos los oprimidos, hallando la más dulce recompensa, en este mundo, en la satisfacción de contribuir a la felicidad del prójimo. Su esposa Otilia era la bienhechora de los infelices. Visitaba a los enfermos en las cabañas de los alrededores, les prodigaba consuelos y cuidados, y albergaba en su propio castillo a los mendigos. Inés, hija única de Teobaldo y Otilia, contaba a la sazón unos ocho años. Tan bella y bondadosa como su madre, era afable con todo el mundo, y experimentaba gozos inefables con las prácticas de la caridad.

Los tres eran queridísimos y respetados en la comarca, y cuantos divisaban a lo lejos la elevada torre de Falkenbourg, hacían fervorosos votos por la felicidad de los moradores del castillo. La

bendición de Dios se manifestaba visiblemente en la prosperidad de aquella piadosa familia, pues, a pesar de que incesantemente daban a los pobres, jamás disminuían sus rentas.

Era una hermosa tarde de verano. Otilia y su hija Inés bajaron al jardín del castillo por una escalera de piedra construída en la vertiente de la montaña, y allí permanecieron largo tiempo contemplando las plantas, los tiernos botones de las rosas próximas a abrirse, y las brillantes cecezas, que comenzaban a ostentar su encendido color. Sentáronse un momento junto a la cascada del centro del jardín, contemplando con alegres semblantes el juego de las aguas, limpias como un cristal, que, cayendo desde grande altura, reflejaban los rayos del sol, semejando finísima lluvia, a través de la cual se veían los colores del arco iris. Luego, pasaron a una salita llena de verdes plantas, y comenzaron a trabajar en un vestido que destinaban a una pobre huérfana.

Todo estaba tranquilo en el jardín. No se oía otra cosa que el melodioso canto de los pajarillos armonizando perfectamente con el murmullo de la cascada. De improviso percibieron un extraño ruido y se miraron sorprendidas; un ave de gran tamaño rozó con sus alas la hiedra del cenador y aun pretendió entrar; pero, en cuanto vió a la madre y a la hija, retrocedió, volando con la misma rapidez que a su venida.

Inés estaba espantada, y no se atrevía a mirar en su derredor; pero su madre le dijo sonriendo:

—No tengas miedo; será una avecilla que huye del gavián.

Finalmente, Inés cobró valor; se levantó, y, buscando entre las plantas, descubrió lo que tanto la había estremecido.

—¡Ay! mamá — exclamó—; mirad, ¡es una

paloma blanca como la nieve! La pobrecita quería esconderse.

Otilia tomó en sus manos el ave, y dijo a Inés, dirigiéndole una investigadora mirada:

—Nos la comeremos esta noche.

—¡Comémosla! — repuso la buena niña, con extrañeza mezclada de dolor, y cogiendo la paloma como para librarla de la muerte—. ¡Ah! no, no, querida mamá. Ya sé que no decís eso en serio. ¿Cómo podríamos hacer daño a este pobre animal que ha venido a buscar un refugio entre nosotros? ¡Mirad qué bonita es! ¡Blanca como la nieve, y los pies que parecen de coral! ¡Ay! ¡Cómo le late el corazón! ¡Pobrecita! Me mira con un aire así tan suplicante... sus ojos llenos de inocencia piden que no le hagan daño. No, querida palomita; no temas. Puesto que has venido a refugiarte a mi lado, quiero que estés contenta conmigo.

—Está bien, hija mía — contestó la madre—. Has adivinado mi pensamiento: sólo quería probarte. Lleva la paloma a tu habitación, y dale algo para que coma. Lejos de rechazar a los infelices que buscan en nosotros un asilo, debemos acogerlos con piedad hasta a los animales.

Otilia mandó construir un pequeño palomar de alambre, pintado de verde y encarnado, que la niña colocó en un extremo de su habitación. Inés le daba cada día abundante comida a la paloma y, de vez en cuando, cambiaba la arena de la jaula.

La cándida ave se acostumbró fácilmente a obedecer a su joven ama, y pronto se familiarizó con ella. En el momento que Inés abría la puerta de la jaula, salía la paloma, y con su pico tomaba los granos que le ofrecía la niña. En breve no hubo necesidad de cerrarle la jaula. Al despuntar

el día, cuando Inés aun dormía, el ave volaba a su cama para despertarla; y no la dejaba en reposo hasta que se levantaba para darle de comer. En un momento de impaciencia, la niña se quejó de esto a su madre:

—No me gusta — le dijo — que me despierten cuando duermo. En adelante, cerraré la puerta



de la jaula para que la paloma no pueda salir por la mañana.

—No, hija mía — le contestó Otilia—; vale más que aprendas de la paloma a madrugar; esta costumbre es muy beneficiosa para la salud, y dispone el alma a estar alegre el resto del día. ¿No te avergonzarías de ser más perezosa que una paloma?

Inés se aprovechó de esta lección, y procuró levantarse muy temprano.

Un día estaba cosiendo, sentada junto a la ventana, que tenía abierta. La paloma se entretenía a sus pies, cogiendo con el pico algunas migajas

de pan ; pero de repente levantó el vuelo y fué a posarse sobre un tejado vecino. Al grito de espanto que lanzó Inés, acudió su madre, preguntándole qué le había ocurrido.

— ¡ Oh ! ¡ mi paloma ! — exclamó la niña, llorando y señalando con el dedo al sitio en que el ave estaba tomando tranquilamente el sol.

— Llámala — le dijo Otilia.

Hízolo Inés, y en seguida vino la paloma, posándose en su mano. La niña quedó admirada de su obediencia, y su madre añadió :

— En lo sucesivo procura ser tan obediente conmigo, como lo es contigo la paloma : entonces mi alegría será tanta y aún más que la que ahora estás tú experimentando. ¿ No es verdad, hija mía, que me querrás dar este contento ?

Inés se lo prometió, y fué fiel a su palabra :

En cierta ocasión, después de regar las flores y las legumbres del jardín, sentóse, para descansar, junto a su madre, en el banco de césped situado frente la cascada. La paloma estaba ya tan familiarizada con ella, que Inés la dejaba revolotear libremente por todas partes, y vino a beber en la fuente.

— Mira, mamá — dijo la niña —, con qué precaución va saltando de una a otra piedra para evitar el lodo. ¡ Qué aseada es mi querida palomita ! No se ve la menor mancha en sus plumas, blancas como la nieve.

— Muchas veces no eres tú tan aseada y cuidada — respondió la madre, mirando el vestido blanco de su hija.

En efecto, Inés había sacado el agua de la fuente con la regadera, salpicando su vestido por inadvertencia. Se ruborizó, y, en lo sucesivo, tuvo más cuidado. Desde entonces, sus vestidos blan-

cos se conservaban tan limpios como el plumaje de la palomita.

Algún tiempo después, Inés hizo un pequeño viaje con su madre, durante el cual se divirtió extraordinariamente. A su vuelta, la palomita voló a su encuentro, dando muestras de grandísimo contento.

—Durante vuestra ausencia — dijo la doncella — ha estado siempre triste, y buscaba a las señoras por todas partes. Es asombroso que un animal, privado de razón, pueda reconocer a su bienhechora y tenerle tanto cariño.

—Cierto — contestó Inés—; no podría estar más agradecida por el alimento que le doy cada día.

—Y tú, hija mía — le dijo su madre—, ¿eres siempre tan agradecida como ella? Hoy has disfrutado mucho; pero dime: ¿has dado las debidas gracias a Dios por esas alegrías?

En efecto, la niña no se había acordado todavía de dar gracias a Dios; pero, desde aquel momento, no se acostó jamás sin haber dado antes gracias al Señor por los consuelos y beneficios que le había dispensado durante el día.

—¡Querida palomita! — dijo Inés en cierta ocasión a su avecilla, que desde la mañana estaba en un extremo de la mesa y mirando con ternura a su joven ama—: te soy deudora de muchas y muy buenas lecciones que he procurado aprovechar.

—Todavía puedes aprender algo en ella, hija mía — repuso Otilia—, y es lo que más te importa. Esta paloma, tan blanca y pura, es una bella y dulce imagen de la inocencia. Es sencilla, sin malicia ni doblez, y el mismo Jesús lo ha dicho todo de ella con estas cortas palabras: «Sed

sencillos como la paloma». Hija de mi alma, procura conservar siempre esa sencillez.

El voto de Otilia se realizó, porque Inés no perdió jamás su candor.

II

AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS

En la época a que nos referimos, una cuadrilla de forajidos sembraba el terror y la consternación por el país. Teobaldo y sus vasallos los persiguieron por las montañas, y regresó al castillo con su gente. Satisfecho de aquella expedición, tan felizmente llevada a cabo, sentóse para tomar un refrigerio, y refirió que había hecho prisioneros a muchos bandidos, dispersado a los otros, y restablecido la seguridad en la comarca. Otilia e Inés escuchaban con atención, hilando sin cesar.

Caía la tarde y las velas estaban ya encendidas, cuando entró en la sala una señora vestida de negro, pálida y descompuesto el semblante, conduciendo de la mano a una niña enlutada como ella. El señor del castillo, su esposa y su hija se levantaron para recibir a la forastera, quien se adelantó hasta Teobaldo, y, llorando amargamente, le dijo :

—¡Que Dios os guarde, generoso caballero! Aunque nunca os he visto, vengo a pedir vuestro socorro. Yo soy Rosalinda de Hohenbourg, y esta niña es mi hija Emma. Sin duda conocéis ya la causa de mi aflicción. Mi esposo, el buen Adalrico, murió de las heridas que recibió en la guerra. Vos conocisteis a ese hombre, que tan bueno y carita-



Otilia e Inés escuchaban con atención... (Pág. 11.)

tivo era con los desgraciados. No nos ha dejado otra cosa que una pobre herencia, y dos caballeros ambiciosos quieren arrebatarnos lo poco que nos queda. El uno, so diversos pretextos, trata de despojarnos de los fértiles campos que se extienden al pie de las murallas del castillo; el otro pretende apropiarse los bosques que nos pertenecen. Ambos vecinos, que son poderosos e injustos, se han conjurado contra mí. En vida de mi esposo vendíannos amistad, y ahora son nuestros más encarnizados enemigos. Adalrico lo había ya previsto, y, al morir, profirió vuestro nombre, y me dijo: «Espera en Dios; deposita tu confianza en el caballero Teobaldo, y no temas a nadie». Generoso caballero, acredítad ahora las últimas palabras de Adalrico. ¡Dios mío! ¿Qué será de mí si se me priva de todos mis bienes, dejándome únicamente las murallas de un castillo? ¿cómo podré

vivir con mi querida Emma? Si un día el infortunio cae sobre vos, si la muerte os separa de vuestra esposa y de vuestra hija, no les faltaría un brazo protector que las salvara.

La niña Emma, que era de la misma edad que Inés, acercóse también a Teobaldo, y suplicó llorando :

—No me rechazéis, generoso caballero ; sed para mí un segundo padre.

Teobaldo permanecía en pie, con aire pensativo y grave, acariciándose la barba, y fija la mirada en el suelo. Viéndole así, le dijo Inés, con voz entrecortada por el llanto :

—Os ruego, padre mío, que escuchéis sus súplicas. Cuando mi paloma, perseguida por el ave de rapiña se refugió a mi lado, mamá me dijo : «No debemos rechazar a los infelices que buscan amparo en nosotros» ; y se alegró al ver que yo me compadecía de aquel pobre animalito. Estas desgraciadas son más dignas de piedad y compasión que una paloma.

—Descuida, querida Inés — repuso Teobaldo, conmovido— ; yo las defenderé con la ayuda de Dios. Si guardaba silencio, era porque reflexionaba en los medios de acudir a la necesidad de esta buena madre y de su amada hija.

Y, diciendo esto, el dueño del castillo presentó una silla a Rosalinda. Emma se sentó al lado de Inés, y Otilia salió para disponer la cena.

Informado minuciosamente de las causas que habían movido a los enemigos de Rosalinda a tratarla tan cruelmente, prometióle Teobaldo ocuparse en sus asuntos el día siguiente, y le rogó que aceptase la hospitalidad que le ofrecía en su castillo. Rosalinda aceptó enternecida, y brotaron de sus ojos ardientes lágrimas de agradecimiento. Al

amanecer del otro día, salió Teobaldo del castillo con su gente.

Inés estaba enajenada de júbilo con la idea de que iba Emma a pasar algunos días en su compañía. La condujo a su habitación y al jardín, y le enseñó sus muebles, sus flores y su paloma, y pronto los lazos de la más tierna amistad unieron a las dos niñas, porque una y otra habían sido dotadas de bellos sentimientos.

Cuatro o cinco días después, volvió Teobaldo.

—Buena noticia — exclamó al entrar—; vuestros enemigos han desistido de sus injustas pretensiones, y está ya resuelta la querrela. De bien poca cosa hubieran servido mis palabras si no hubiese podido acompañarlas de amenazas; pero acabé por declararles que haría la guerra a todo el que se atreviese a molestaros, y han consentido, por fin, en dejaros tranquila.

Rosalinda, embargada de alegría y gratitud, no sabía de qué manera manifestárselo a su defensor.

—¡Que el Señor se digne premiaros — le dijo—, ya que protegéis a la viuda y al huérfano desvalidos! ¡Que la bendición de Dios venga sobre vos y sobre toda vuestra familia!

La emoción no le permitió proseguir; pero Teobaldo comprendió perfectamente lo que deseaba expresar.

Llegó el momento de partir, y Rosalinda hizo sus preparativos para volverse a Hohenbourg. Las dos niñas lloraban desconsoladamente. Inés quería dar a su amiguita un precioso recuerdo, y como Emma le había manifestado muchas veces el deseo de tener una paloma tan domesticada como la suya, la generosa niña tomó el hermoso animalito, lo estrechó contra sus mejillas bañadas de lágrimas, y lo regaló a su amiga. Emma no quería aceptarlo, y se trabó entre las dos una

amistosa contienda, hasta que la hija de Rosalinda tuvo que ceder. Inés le dió también la bonita jaula, y le recomendó el ave con el mismo interés que se recomienda un hijo al confiarlo a personas extrañas.

No obstante, cuando Emma hubo partido, Inés casi se arrepintió de haberle dado su paloma, pues la echaba mucho de menos.

—Hubiera sido mejor—dijo a su madre—darle uno de mis rizos.

—Otra vez puedes hacerlo así, querida mía, cuando venga Emma a visitarnos. Por de pronto, no podías hacer a tu amiga mejor regalo. Ningún otro recuerdo, sobre todo de algún valor, le hubiera causado igual placer, y habría servido para humillarla. Un objeto que tanto estimas, le prueba cuánto la quieres. No debes arrepentirte de lo que has hecho. Has visto a tu buen padre, cuán pronto se ha dispuesto a sacrificar su vida por la oprimida viuda. Por tu parte, también es bello que hayas dado lo que más estimabas, para alegrar a la afligida huérfana. El que vacila en sacrificar por sus hermanos lo que posee, no los ama de veras.

III

POR SUS OBRAS CONOCERÉIS A LOS HOMBRES

Entre los muros de su viejo castillo, construido en la ladera de la montaña, vivía Rosalinda feliz y satisfecha con su hija Emma. Era muy tarde, cuando una noche llegaron dos forasteros pidiendo hospitalidad. Ambos vestían trajes muy oscuros y tenían aspecto de peregrinos. Llevaban en la

mano un grueso bordón, y los sombreros adornados de conchas. El portero los anunció, y Rosalinda mandó que los condujeran a una estancia de la planta baja y les diesen buena cena y un vaso de vino a cada uno.

Cuando hubieron tomado este refrigerio, bajó la dueña del castillo con su hija, a fin de conocerlos. Los peregrinos hicieron interesantes relatos acerca de la Tierra Santa, y todos les escuchaban con religiosa atención. En particular Emma, sentía placer infinito oyendo aquellas relaciones maravillosas. Rodaban por sus mejillas copiosas lágrimas, puesto que en su tierno corazón se alimentaba el deseo piadoso de visitar los lejanos países que fueron la patria del Salvador de los hombres, y sentía en el alma no poder realizar este deseo.

—Mi querida Emma — le dijo su madre—, podemos trasladarnos, con sólo quererlo, a los Santos Lugares, visitar el huerto de los Olivos, el Calvario y el Santo Sepulcro; para ello nos bastará con leer atentamente el Evangelio.

Los peregrinos se informaron acerca del castillo de Falkenbourg, haciendo grandes elogios del caballero Teobaldo.

—Si no estuviese muy lejos — dijo el más anciano—, y hubiese probabilidad de encontrar en el castillo a ese excelente caballero, iría allí de muy buena gana para tener el gusto de conocerle.

Rosalinda les manifestó que el camino que debían seguir pasaba muy cerca de Falkenbourg.

Los peregrinos se mostraron muy contentos, y acordaron partir al amanecer, con dirección al castillo. Emma y Rosalinda les encargaron que saludaran cordialmente en su nombre a Teobaldo, Otilia e Inés, y la buena niña dió a cada peregrino una moneda de plata que su madre le había rega-



...al despuntar el día salieron los peregrinos acompañados por su joven guía... (Pág. 17.)

lado, y les encargó dijese a Inés que la paloma estaba muy bien.

Rosalinda dió orden a uno de sus criados para que enseñase a los peregrinos el camino de travesía por las montañas, y al despuntar el día salieron los peregrinos acompañados por su joven guía, el cual les precedía alegremente, empeñándose en llevarles los bordones.

Los peregrinos, empero, ni siquiera se dignaban mirarle, y caminaron en silencio largo tiempo. Cuando hubieron ganado una montaña escarpada y el camino fué menos penoso, comenzaron los dos a hablar en italiano.

El guía era originario de Italia. En el castillo le llamaban Lienart, pero su nombre era Leonardo. Habiendo quedado huérfano en su niñez, el caballero Adalrico lo llevó consigo a Alemania, tomándole a su cargo. Leonardo habló muy pronto el alemán, sin olvidar su lengua nativa.

Escuchó, pues, con atención lo que decían los peregrinos, e iba a manifestarles la alegría que experimentaba oyendo hablar en el idioma de sus padres, cuando la conversación de sus compañeros le llenó de terror. Descubrió por sus palabras, que no eran tales peregrinos, sino forajidos disfrazados; que el país no les era tan desconocido como suponían y que habían formado parte de la partida de bandidos que Teobaldo había dispersado; que ardían en deseos de vengarse del noble caballero, y que, con este objeto, protegidos por su disfraz, querían introducirse en su castillo, pedir hospitalidad, levantarse por la noche, asesinar a Teobaldo, a su esposa, a su hija y a toda la servidumbre, y, finalmente, apoderarse del castillo, y reducirlo a cenizas.

Cuando divisaron a Falkenbourg entre dos mon-

tañas azuladas, el más viejo de los dos bandidos, llamado Lupo, dijo a su compañero :

—Mira la maldita guarida de ese hombre que ha sido el azote de nuestra cuadrilla. Es necesario que muera en medio de los más terribles tormentos : le ataremos las manos y los pies, y lo arrojaremos vivo a las llamas de su castillo.

—La empresa es algo atrevida—reponía Orso—. Si fracasa nuestro proyecto nos veremos muy apurados y quién sabe lo qué será de nosotros. Pero los tesoros de Teobaldo bien valen la pena de que intentemos un golpe de mano.

—¡ Asesinarle ! — dijo Lupo ebrio de venganza—. Gozaré con eso más que con la posesión de todos sus tesoros, aunque, dicho sea de paso, no los desprecio. Si nos sale bien, seremos muy ricos y podremos renunciar a este género de vida, y escoger otro más tranquilo.

—Todo esto me encanta—replicó Orso— ; pero temo por el éxito de nuestro negocio.

—¡ Cómo ! — exclamó Lupo— : ¿ tienes miedo ? ¿ Por ventura no está todo bien dispuesto ? ¿ No tenemos hombres de completa confianza aquí, en estos contornos ? En cuanto encendamos tres luces en la ventana de la hospedería de los peregrinos, llegarán en nuestro auxilio siete compañeros valientes y decididos, que desde mucho tiempo aguardan la señal. Les haremos entrar en el castillo por la puertecilla del jardín, que se abre fácilmente por la parte interior. Uno de ellos conoce al dedillo todas las vueltas y revueltas de la finca, y, siendo nosotros nueve, poco nos ha de costar quitar de en medio a unos cuantos hombres que estarán durmiendo a pierna suelta. Tranquilízate, daremos el golpe sobre seguro.

El buen Leonardo quedó helado de horror y espanto al oír los detalles de tan horrible complot ;

pero fingió no comprender lo que decían. Entonces, en vez de precederles, les siguió, cogiendo flores y silbando, mientras que en su interior rogaba fervorosamente a Dios que desbaratara el infame proyecto de aquellos criminales. Resolvió al mismo tiempo acompañarlos hasta Falkenbourg, y advertir de lo que se tramaba al caballero Teobaldo.

Mientras los bandidos iban concertando su plan, el más viejo tropezó, y hubiera caído en un precipicio de no haber quedado cogido entre las malezas.

Pero su disfraz de peregrino quedó rasgado por las espinas, y Leonardo advirtió que, bajo el obscuro sayal, llevaba un jubón rojo escarlata y una coraza de acero bruñido. Al mismo tiempo se le cayó a Lupo un puñal; pero el guía fingió no haberlo visto. El malvado viejo ocultó precipitadamente estas señales delatorias, y abotonóse la túnica y miró obstinada y oblicuamente a Leonardo con ojos más penetrantes que los del águila.

Pronto llegaron los tres viajeros al borde de un espantoso abismo, en cuyo fondo se precipitaba un torrente, cuyas aguas habían aumentado copiosamente a causa de las lluvias persistentes de los últimos días. Dos rocas cubiertas de maleza pendían sobre los árboles del abismo, y servía de puente, para atravesarlo, un largo y delgado abeto tendido sobre aquél. El viejo bandido dijo en italiano a su compañero:

—Ese mozo puede haber reparado en mis armas, y tal vez sospecha algo. Al pasar le empujaré para que caiga al fondo de ese abismo. Así estaremos bien seguros.

Leonardo, presa de un terror mortal, se detuvo a algunos pasos del peligroso puente, y exclamó con voz angustiada:

—¡ Yo no me atrevo a pasar por ese puente, porque me dan vértigos!

—¡ No temas, hijo mío!—repuso Lupo—. Ven aquí, yo te pasaré en brazos.

Y, así diciendo, adelantaba hacia él los brazos extendidos. Leonardo se alejaba en dirección a un bosque vecino, viendo al bandido próximo a cogerle.

—Dejadme, dejadme — exclamó temblando el



...llegaron los tres viajeros al borde de un espantoso abismo... (Pág. 19.)

pobre joven—. Los dos podríamos caer; y aunque llegásemos al otro lado, ¿cómo podría después volver a pasar viniendo solo? Dejadme regresar al castillo de mis señores. Ya no tenéis necesidad de guía; ése es el camino: mirad, ya estáis muy cerca de Falkenbourg.

El más joven de los dos bandidos atribuyó el espanto de Leonardo al terror que le causó la vista del precipicio, que a él mismo también le

daba miedo, y dijo en italiano a su compañero :

—Que me precipiten en este abismo, si ese estúpido ha advertido cosa alguna que pueda delatarnos. Y aunque hubiese visto tu coraza y tu puñal, no entiende nuestra lengua, e ignora lo que vamos a hacer. Por otra parte, ¿quién daría crédito a sus palabras? Deja, pues, a ese infeliz que vaya a donde quiera.

—Tienes razón — dijo el otro—. Pero, como medida de precaución, destruiremos el puente, y, entonces, aunque hubiese adivinado nuestros planes, no podría impedirnos el realizarlos. Falkenbourg está ahí, a dos pasos como quien dice, y en muchas leguas a la redonda no hay otro puente alguno para atravesar este torrente ; por lo tanto, no hay medio de avisar a Teobaldo antes que hayamos dado el golpe.

Los dos bandidos tomaron sus bordones, y dejaron partir a Leonardo, sin darle gracias siquiera por las molestias que por ellos acababa de pasar. Cuando estuvieron a la otra parte del abismo, Lupo llamó al joven, y le gritó en alemán :

—Tienes razón, muchacho ; éste es un paso muy peligroso ; el tronco está carcomido y es fácil caerse pasando por encima. Para evitar que ocurra alguna desgracia, vamos a destruir este puente peligroso. Así, los habitantes del país harán otro más seguro.

En efecto, los malhechores precipitaron el árbol al fondo, que cayó con grande estrépito, y las aguas espumosas lo arrastraron rápidamente hacia el mar.

En cuanto los supuestos peregrinos hubieron desaparecido tras de una roca, que formaba un recodo del camino, Leonardo echó a correr con todas sus fuerzas, a fin de comunicar a Rosalinda el espantoso complot que acababa de descubrir.

TODO CONTRIBUYE A LA FELICIDAD DE LOS QUE AMAN
A DIOS

La noble señora, a quien ningún presentimiento advertía del peligro que amenazaba a su protector, el generoso Teobaldo, estaba muy tranquila en su castillo de Hohenbourg. Emma no se cansaba de hablarle de las bellas relaciones de los peregrinos, y, trabajando junto a su madre, le hacía una multitud de preguntas sobre el mismo asunto. Cuando por la tarde comenzaba el sol a ser menos ardiente y algo más fresco el aire, salieron ambas del castillo, con objeto de visitar sus campos. El trigo estaba muy crecido y prometía una abundante cosecha; las espigas comenzaban a granar; los acianos y las amapolas se destacaban brillantes en el verdor de los valles; y los campos de lino, cubiertos de hermosas flores azules, contribuían más y más a la belleza del paisaje. Rosalinda y su hija lo contemplaban tanto más contentas cuanto que se habían visto a punto de ser despojadas de aquellos campos sobre los cuales derramaba la Providencia sus abundantes dones.

De improviso distinguen a Leonardo que corre desalado hacia ellas, cubierto de sudor, con el rostro demudado y como fuera de sí.

—¡ Ah! señora — exclamó a lo lejos—, ¡ qué desgracia! ¡ qué espantoso descubrimiento! ¡ Aquellos dos hombres que he acompañado, no son peregrinos, sino bandidos! ¡ dos malvados que quie-

ren asesinar al caballero Teobaldo, a su esposa, a su hija, a toda la gente de su casa, saquear el castillo, y después incendiarlo!...

Estaba tan cansado el joven, que no pudo continuar. Cayó sofocado y desvanecido al pie de un árbol, y costó mucho hacerle volver en sí.

Rosalinda y Emma estaban pálidas y temblorosas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — decían conmovidas—; ¡asesinar a ese buen caballero! ¡Otilia! ¡Inés!

—Emma, hija mía: ve corriendo al castillo, reúne a todos los hombres de casa: diles que ensillen los caballos, y que vayan a galope tendido a Falkenbourg y avisen a nuestros amigos. ¡Que hagan volar a los caballos aunque los revienten!

A los pocos minutos estuvo Emma a la puerta del castillo. A sus gritos se reunieron espantados los criados, a quienes Emma les repitió la relación de Leonardo, y las órdenes apremiantes de su madre. Indignados contra los bandidos, empezaron todos a lamentarse como si el peligro los amenazara personalmente.

Rosalinda no tardó en llegar con Leonardo, que le había dado todavía más explicaciones.

—¿Qué hacéis aquí — exclamó—, lamentándoos en lugar de obrar? ¡Montad en seguida a caballo, y corred en socorro de mi bienhechor!

—Es inútil, señora — contestó el viejo escudero de Adalrico—. Los dos miserables nos llevan gran ventaja. Están ya muy cerca de Falkenbourg, y nosotros tendremos que recorrer más de quince leguas para llegar allá. Además, va a cerrar la noche, y el camino está intransitable por las lluvias. Con el mejor caballo del mundo, no podría nadie llegar a Falkenbourg antes de rayar el alba.

La pobre Rosalinda se retorció las manos con desesperación.

—¡Dios mío! — exclamó, levantando al cielo los ojos llenos de lágrimas—; ¡Dios mío, apiadaos de esas personas piadosas que tan generosas han sido conmigo! ¡Querida Emma!, ruega a Dios que desbarate el infame plan de aquellos dos malvados.

—¡Dios de bondad! — suplicó la niña, vivamente conmovida—, socorredlos, como nos socorrieron ellos.

Y todos los moradores del castillo repitieron la misma súplica.

—¡Hijos míos, es preciso intentarlo, cualquiera que sea la dificultad que se presente para llegar a Falkenbourg antes de media noche! Una sola palabra puede ser bastante para salvar la vida a Teobaldo y a toda su familia. No hay que perder un instante. Leonardo iría de buena gana, si no estuviese tan rendido y casi enfermo de resultas de la carrera que ha dado. Tú, Martín — añadió, dirigiéndose a uno de los jóvenes—, tú, que eres fuerte, emprende la marcha; por el atajo se acorta el camino en más de una tercera parte. Cien florines para ti, si llegas a tiempo a Falkenbourg.

—Es imposible — contestó el mozo—. ¿Quién podrá encontrar en la obscuridad de la noche el sendero de la montaña sin caer en precipicios?

—Además—observó Leonardo—, el único puente, por el cual se podía atravesar el torrente, está destruído, y sería preciso tener alas para llegar a Falkenbourg por ese lado.

—¡Oh! ¡alas! — repitió Emma, radiantes sus ojos de alegría—. Se me ocurre una idea feliz, madre mía. El caballero Teobaldo me encargó que en los primeros días tuviese bien encerrada en su jaula a la paloma, porque, sin este cuidado, se

volvería a Falkenbourg, y de seguro encontraría el camino. Atémosle al cuello un papelito, avisando del peligro, y de seguro lo llevará a Inés.

—¡Alabado sea el Señor — dijo su madre—, porque se ha dignado atender a nuestros ruegos! Tu ángel bueno te ha inspirado esa idea ingeniosa: pongámosla, pues, al momento en ejecución.

Emma fué corriendo a buscar la paloma. Ataron al collar encarnado que llevaba, un mensaje, y Emma, acompañada de su madre, del viejo escudero, y de toda la servidumbre del castillo, la llevaron a la azotea, en donde la dejaron en libertad. La cándida avecilla se remontó por los aires, cernióse por algún tiempo de uno a otro lado, y, de pronto, dirigió su vuelo hacia la parte en que estaba situado Falkenbourg.

Rosalinda y su hija, empero, eran presa de la mayor inquietud.

—¿Llegará la paloma a su destino? — decía la madre—. ¡Quiera Dios que no la coja ningún ave de rapiña! ¿Podrá soportar una tan larga travesía? ¿Llegará tarde? ¿Los de Falkenbourg advertirán su llegada? ¡Quién sabe si podrá entrar en el castillo! ¡Dios mío! ¡qué horrible desgracia si esto sucediera!

Rosalinda y su hija se sentaron junto a la ventana, observando el horizonte con mirada atenta e inquieta, y rogando a Dios fervorosamente. No podían sobreponerse a la ansiedad que las dominaba; apenas se atrevían a pensar en sus amigos, y temían ver a cada instante la luz del incendio reflejada en el espacio. En toda la noche no pudieron conciliar el sueño. Eran las doce. Una furiosa tempestad rugía al través de los árboles del bosque; pero ningún resplandor rasgaba las tinieblas en toda la comarca de Falkenbourg. De repente, Emma y su madre quedaron espantadas a

la vista de una luz muy viva, y ambas temblaron, orando con mayor fervor.

—¡Dios mío! — exclamó Emma—. ¡Ved la llama, cómo se va levantando de una manera horrible! Observad, madre mía, cómo la agita el viento y corre de un lado a otro.

Rosalinda y Emma estaban casi desvanecidas de dolor; pero en breve tuvieron una gran alegría, viendo que se habían engañado. La supuesta llama, no era otra cosa que la luna, que, levantándose por encima de la niebla, brilló pronto con la luz más pura, continuando su marcha lenta y majestuosa por el azul de los cielos. Tranquilizadas ya la madre y la hija, permanecieron todavía por mucho tiempo en la ventana; pero no divisaron la menor señal de ese color rojizo que se percibe en el cielo cuando estalla un gran incendio. Rompió el alba, y ambas la saludaron llenas de alegría y gratitud hacia Dios, después de haber pasado una noche triste, embargadas por las más crueles ansiedades.

V

EL MALVADO ES VÍCTIMA DE SUS PROPIAS ACCIONES

Rosalinda y Emma estaban seguras de que los bandidos no habían llevado a cabo su malvado propósito de incendiar el castillo de Falkenbourg; pero no podían dominar su inquietud, porque ignoraban lo que había sucedido a Teobaldo y a toda su familia.

—¡Oh! ¡cuán grata me sería en este instante una noticia de mis protectores! Daría de buen grado todas mis joyas al que viniese a traérmela— dijo Rosalinda.

—Y yo — añadió Emma — le daría también todas las monedas que me habéis regalado.

No podían saber todavía lo que había pasado la noche anterior en Falkenbourg.

He aquí, sencillamente, lo que aconteció.

Al caer de la tarde, estaban alegremente a la mesa el caballero Teobaldo, su esposa Otilia e Inés. Los últimos rayos del sol poniente, reflejando sobre los cristales, alumbraban el antiguo có-



medor donde se hallaba reunida la familia. Anunciaron la llegada de los peregrinos, y dispuso Teobaldo que se les recibiese en la hospedería.

—Después de la cena — dijo —, les hablaré: entre tanto, llevadles una botella de vino para desatarles la lengua, a fin de que se expliquen bien.

El criado se retiró. Inés se regocijaba de antemano pensando en las entretenidas relaciones de los viajeros. Los dueños del castillo no pensaban ni remotamente en la horrible desgracia que les amenazaba.

Los tres estaban tranquilamente de sobremesa, cuando Inés exclamó admirada :

— ¡ Oh ! ¡ mi paloma ! ¡ mi paloma !

Efectivamente, la paloma se hallaba en el alféizar de la ventana, con las alas extendidas, y picoteando los cristales, como suplicando que se le liciese entrar. Inés abrió la ventana, y la hermosa avecilla fué a posarse sobre el hombro de su ama para acariciarla.

— ¡ Mira el bonito collar de escarlata que rodea su cuello ! — dijo la madre—. ¡ Trae pendiente un papel enrollado ! ¡ Indudablemente es una carta ! ¡ Ah ! ¡ los niños tienen ideas muy ingeniosas !

Teobaldo examinó al momento el papelito, que empezaba con estas palabras : « Leedlo en seguida. » Pasó la vista por el escrito, y cambió su rostro de color.

— ¡ Gran Dios ! — exclamó— : ¡ qué es esto !...

— ¿ Qué ocurre ? — le preguntaron espantadas madre e hija.

El caballero comenzó a leer :

« Nobilísimo señor : los dos peregrinos que llegarán esta noche a vuestra casa son dos bandidos de la cuadrilla dispersada por vos. El más viejo se llama Lupo, y Orso el más joven. Bajo el disfraz de peregrino, ocultan sus cotas y puñales. Esta misma noche quieren asesinaros a vos, a vuestra esposa, a vuestra hija y a toda vuestra servidumbre, saquear luego el castillo, y en seguida reducirlo a cenizas. Después, se preparan a engañar al mundo, adornados con vuestra cadena de oro y vuestra cruz de piedras preciosas. En los alrededores vagan otros siete criminales que esperan la señal convenida, o sea tres luces colocadas en la ventana de la hospedería. Inmediatamente les será abierta, por los falsos peregrinos,

la puertecilla del jardín y entrarán para secundar la infame empresa. ¡Quiera Dios que la paloma llegue a tiempo, y que todos os salvéis! Me ha sido imposible enviaros este aviso por otro conducto. Enviadme un mensajero a caballo, en cuanto recibáis esta nueva.

»Vuestra reconocida servidora,

»ROSALINDA.»

—¡Dios mío! ¡Qué maravilla! — dijo, conmovida, Otilia—. La paloma es un mensajero celestial, como la que en otro tiempo llevó al arca de Noé un ramo de olivo. ¡Gracias os sean dadas, Señor, porque acabáis de salvarnos!

Teobaldo no perdió ni un solo instante. Hizo



entrar a su esposa y a su hija en una habitación contigua, cubrióse con una cota el pecho y mandó venir con él algunos de sus hombres. Así dispuesto, admitió a los peregrinos en su presencia.

Entraron éstos en la sala con aspecto humilde

y respetuoso, y haciendo muy profundas reverencias. Lupo, que llevaba la palabra, dijo a Teobaldo con afectada cortesanía y sonriendo :

—Generoso caballero : acabamos de llegar de Hohenbourg, y nos han encargado mil cordiales saludos para vos. Para nosotros es una dicha el poder conocer personalmente al hombre ilustre, cuyo heroísmo es universalmente conocido ; a quien los oprimidos, las viudas y los huérfanos adoran, y cuyas alabanzas no alcanzaba a cantar la piadosa Rosalinda. ¡ Cuán bondadosa es aquella noble señora ! No somos dignos de los honores de que nos ha colmado. ¿ Y su hija Emma ? ¡ Oh ! ¡ es un ángel de dulzura ! Escuchando el relato de nuestra peregrinación derramaba lágrimas de ternura. Nos ha recomendado, además, deciros que la paloma está muy bien.

Teobaldo, al escuchar estas lisonjas que le llenaban de horror, se indignaba más y más interiormente ; sin embargo, se contuvo, y, dirigiéndose a los bandidos, les dijo :

—¿ Quiénes sois ?

—Dos pobres peregrinos — contestó Lupo—. Venimos de Tierra Santa, y nos volvemos a Turingia, que es nuestro país natal.

—¿ Cómo os llamáis ?

—Herman — respondió Lupo—, y este joven, que es mi primo, se llama Burckhard.

—¿ Y qué venís a buscar en este castillo ?

—Únicamente a rogaros — contestaron, inclinandose los dos — que os dignéis darnos albergue para pasar la noche : mañana, al romper el día, continuaremos nuestro camino. ¡ Oh ! ¡ qué alegría experimentarán nuestras familias al vernos !

—¡ Falso ! — gritó el caballero con voz de trueno—. Viejo malvado : tú te llamas Lupo ; y tú, joven miserable, te llamas Orso. Sé que no venís

de Tierra Santa; que no sois tales peregrinos, sino bandidos, asesinos e incendiarios. La Turingia no es vuestra patria, ni siquiera sois alemanes. No habéis venido aquí a pasar tranquilamente la noche, sino para asesinarnos, para saquear mi castillo, e incendiarlo. Pero bien pronto tendrán vuestros crímenes el merecido castigo. ¡Infames! ¿Pretendíais engalanaros con mis trajes, con mi cruz y con mi cadena de oro? ¡Guardias! ¡a mí! Despojad a esos malvados de los hábitos que profanan, a fin de que se les conozca por lo que son en realidad. Desarmadlos, y encerradlos en una mazmorra.

Los hombres de armas se apresuraron a obedecer, y los peregrinos aparecieron cubiertos de corazas y puñales. En el colmo de su indignación, Teobaldo les reprochó duramente la detestable hipocresía con que pretendían engañar a las almas piadosas, bajo máscara de piedad, y en seguida fueron conducidos a las mazmorras del castillo.

—¿Cómo ha podido saber Teobaldo nuestros planes hasta en sus ínfimos detalles? — dijo Orso a su compañero, cuando les hubieron dejado solos en su prisión—. Está enterado hasta de lo que hemos dicho en el camino: sabe que queríamos cubrirnos con sus vestidos, y hacernos respetar en adelante como a caballeros. ¿Por ventura aquel mozo que nos acompañaba entendería nuestra lengua y nos habrá vendido?

—Es imposible — contestó Lupo—, a menos que, convertido en pájaro, hubiera podido entrar por la ventana. No he perdido de vista la puerta del castillo, y puedo jurar que nadie ha pasado el puente levadizo, desde que llegamos nosotros. Yo creo que hay en esto algo de extraordinario. Indudablemente el caballero tiene pacto con el diablo.

Apoderóse del viejo un furor terrible, y comenzó a proferir toda suerte de imprecaciones contra Teobaldo.

Su compañero Orso, al contrario, comenzó a llorar y a lamentarse, y echar en cara a Lupo sus maldades.

—¡Ay de mí! — decía—, ¡ojalá que nunca te hubiese conocido! Tú me prometías una vida alegre, nadando en la abundancia y los honores, y me veo encerrado en lóbrega mazmorra sin más perspectiva que una muerte terrible. Tú me decías que esto no era malo, y que Dios no castiga el crimen en la tierra ni en la vida futura. Una voz interior me advertía incesantemente dentro del alma, y me anunciaba el próximo castigo de mis culpas. ¡Por qué te habré escuchado! De todos los tesoros que amontané con el asesinato y el robo, nada me queda en el día. Si hubiera yo vivido honradamente, trabajando mucho, pero con la conciencia tranquila, ¿cuánto más feliz no sería en este instante? Pero, ahora, la mano de Dios ha caído sobre mí. ¡El es quien descubre a los culpables, por muy bien que se escondan, y nos ha precipitado en el fondo de este calabozo!

Mientras de esta manera deploraba el bandido su miserable suerte, Teobaldo tomaba sus medidas para apoderarse de los cómplices de aquellos malvados. A la hora convenida, mandó encender tres luces sobre el alféizar de la ventana de la hospedería. El portero, cuya prudencia y fidelidad estaban probadas, situóse con siete hombres de armas en el patio del castillo, atisbando la puercecilla para observar el momento en que llegasen los demás bandidos. Esperaron en vano largo rato. Era más de media noche, y los rayos de la luna iluminaban las almenas de la torre. Los hombres comenzaban a perder la paciencia juzgando



Presentó a Emma la cándida ave que tenía en su pico
un ramo de olivo de oro... (Pág. 36.)

que serían inútiles todas sus molestias, si los bandidos lograban descubrirlos.

—Se me ocurre una feliz idea — dijo el portero—; voy a disfrazarme con el sayal de uno de los sujetos que han caído en nuestras manos.

Entró, y, a los pocos minutos, volvió a salir disfrazado de peregrino, y cubriendo su cabeza con el sombrero sembrado de conchas de mariscos.

—Con este traje — dijo — creerán que soy uno de los suyos. Colocaos detrás de esta columna, y aguardemos.

Finalmente, llamaron a la puertecita. El portero abrió con mucho tiento. Uno de los bandidos se adelantó y le dijo en voz baja:

—¿Llegamos a punto?

—Sí — le contestó en el mismo tono—; estad tranquilos, y entrad todos sin hacer ruido.

Uno tras otro se deslizaron los siete dentro del patio. Iban armados de puñales, y provistos de antorchas y azufre para incendiar el castillo. Cuando hubo pasado el último, el portero cerró la puerta de golpe y dió la señal a los que estaban ocultos detrás de la columna, los cuales cayeron de improviso sobre los bandidos.

El mismo Teobaldo llegó también acompañado de otros hombres de armas, y con hachas encendidas. Los malvados se quedaron estupefactos. Ni siquiera tuvieron el tiempo necesario para levantar sus puñales. Se les encadenó, y fueron arrojados a las mazmorras. Teobaldo se apresuró a dar la feliz nueva a su esposa y a su hija, que le estaban esperando con la mayor ansiedad.

Rosalinda y Emma experimentaban también la más viva inquietud por saber algunas noticias de Falkenbourg. Varias veces subió la buena niña a lo más alto de la torre para asegurarse por sí misma de si llegaba el mensajero o no. Era más



de mediodía. La madre y la hija sufrían lo indecible en todo este tiempo; transcurrían las horas con tal lentitud que les parecía que nunca debían terminarse. Al anoecer, atalayando Emma otra vez desde la torre, vió a lo lejos venir un carruaje escoltado por muchos jinetes. Transportada de alegría bajó corriendo, y gritó a Rosalinda:

—¡Mamá, mamá! ¡Vienen los señores de Falkenbourg! ¡Estoy cierta que son ellos! ¡Vamos a recibirlos!

En efecto, Teobaldo, Otilia e Inés, se pusieron en camino al romper el día para llevar ellos mismos a Hohenbourg la noticia de su dichosa salvación. Al distinguir a Emma y a Rosalinda, el noble caballero echó pie a tierra. Otilia e Inés bajaron también del coche, y los tres adelantáronse a saludar a sus bienhechoras, y a darles gracias con una cordialidad y emoción más fácil de imaginar que de describir. Estaban todos ellos enajenados de júbilo, se hacían mutuamente mil pre-

guntas, y se referían mil cosas relativas al suceso que les había reunido, mientras a pie subían la cuesta que conducía al castillo.

Rosalinda dió a sus huéspedes una gran comida. Leonardo servía a la mesa, y se le hizo repetir la conversación de los dos bandidos. Explicó, sobre todo, con más detención, la escena en que el más joven de los dos forajidos había intercedido por él en el borde del abismo, impidiendo a su cómplice que lo precipitara en el torrente.

—De buena gana intercedería yo por ese desgraciado — añadió el mozo—. Ha dado pruebas de tener sentimientos más humanos, y merece ser tratado con menor severidad.

A los postres, Teobaldo, levantando su copa de plata, brindó a la salud de Emma.

—A su ingeniosa idea — dijo con el acento de la gratitud — es a lo que debemos la vida.

—¡Oh! no — contestó ruborizada la modesta niña—. Esto es debido a la generosidad de Inés, que me regaló la paloma.

—¡Alabado sea Dios — dijo Rosalinda—, que nos ha dado tales hijas! Pero guardaos, queridas mías — continuó—, de envaneceros por la parte que habéis tenido en todo lo que acaba de suceder. Mirad al pobre Leonardo, que, agradecido a sus bienhechores, ha hecho mucho más que vosotros.

—Cierto — añadió Teobaldo, y presentó al joven criado su misma copa llena de vino—. Toma, querido amigo — le dijo— : ¡bebe a nuestra salud! Con el tiempo serás un excelente y noble escudero, porque tu fiel corazón te hace acreedor al derecho de nobleza.

—Debemos también — observó Otilia — una lágrima de gratitud al buen caballero Adalrico. Si

compadecido de Leonardo no hubiese cuidado de él, ¿qué sería al presente de nosotros?

—¿Y nada diremos — replicó Rosalinda — del valeroso caballero Teobaldo, que defendió tan generosamente a una pobre viuda y a una huérfana desvalida? La buena obra que practicó en nuestro favor no podía quedar sin recompensa. Lo mismo debo decir de Ótilia y de su hija Inés, que tantas pruebas de cordial amistad nos han dado. ¡Alabado sea el Señor! Su sabia Providencia todo lo ha dispuesto como mejor convenía.

Un instante después salió la tierna Inés, y reapareció en seguida, con la paloma que había llevado consigo de Falkenbourg, sin decir nada a su amiga. Presentó a Emma la cándida ave que tenía en su pico un ramo de olivo de oro, y la posó sobre su hombro.

—Mi querida Emma — le dijo Ótilia— : acepta este ramo de olivo, como prenda de nuestra gratitud, y recuerdo de nuestra dichosa salvación. Mi buena madre era muy piadosa, y me lo regaló el día de su santo. Me hizo aprender de memoria muchos cánticos, salmos y sagradas máximas. Cierta día, que había quedado más satisfecha que nunca, me recompensó con este sencillo presente : y, desde entonces, jamás he podido olvidar las palabras que acababa de recitarle. Esas mismas palabras se encuentran realizadas hoy en nuestra vida. Escuchad : «El que no se aparta nunca de la protección de Dios, a la sombra de su amor está seguro y tranquilo».

Estas frases piadosas infundieron en los espíritus un dulce recogimiento, y a todos los ojos asomaron lágrimas de ternura y gratitud hacia la divina Providencia.

EL CANARIO

I

En la época calamitosa en que fué derribado el trono de Francia, y una infinidad de familias distinguidas por su cuna y sus riquezas vióse reducida a la más espantosa miseria, vivía la familia de Erlau en Alemania. Era el señor Erlau un hombre generoso y bueno; su mujer, un dechado de dulzura y amabilidad, y sus dos hijos, Carlos y Lina, a pesar de su tierna edad, revelaban ya las virtudes de sus padres. Desde que estallaron los desgraciados disturbios que tantas lágrimas arrancaron y que inundaron de sangre la Europa entera, el señor Erlau abandonó la capital, y fué a establecerse en una casa de campo que él poseía entre el Rin y los Vosgos. Allí vivió retirado con su familia, en su quinta que, como la aldea contigua, estaba cercada de riscos, viñas, sementeras, prados, y como escondida entre grupos de árboles frutales de toda especie. Sus criados, que sólo le veían durante los escasos momentos del buen tiempo, y que le eran muy adictos, se alegraron extra-

ordinariamente al saber qué él iba a vivir entre ellos.

El señor Erlau considerábase dichoso de verse, al fin, enteramente libre, y poder dedicarse a la instrucción y educación de sus hijos. No había para el respetable padre momentos más felices que los empleados en enseñarles las máximas de la religión. Se hallaba íntimamente convencido de que sólo la religión puede formar el corazón del hombre, grabarle su verdadera excelencia, consolidar su dicha, proporcionarle consuelos en los contratiempos y trabajos de la vida, y, sobre todo, infundirle confianza en su postrera hora. Su noble esposa, que participaba de sus ideas, asistía a aquellas instrucciones tan interesantes; y más de una vez les añadía ella alguna frase o un ejemplo que estuviera al alcance de la inteligencia de los niños.

Pero el señor Erlau no limitaba su instrucción a la religión sola. Cultivaba a la vez la inteligencia de sus hijos, enseñándoles todos los demás conocimientos útiles y necesarios, y aun los que contribuyen a hacer amena y agradable la vida. Era excelente músico, tocaba con gran maestría el piano y cantaba muy bien. Solamente su mujer podía competir con él en la habilidad del canto. Destinó, pues, unas horas a enseñar el piano a Carlos, y el canto a Lina.

No había pasado aún la estación rigurosa del invierno y soplabá con fuerza el viento, sacudiendo los árboles desnudos de hojas, cuando una noche se reunió toda la familia en el salón en torno del piano. Distraían entonces aquellas largas veladas con animados conciertos. El señor Erlau había compuesto una bonita música sobre una oda de uno de los mejores poetas franceses, y enseñó a Carlos a ejecutarla en el piano. La señora de Erlau

ignoraba todo esto, porque los niños querían darle una sorpresa, haciéndole conocer algún día sus adelantos.

Cuando ella hubo terminado de cantar diferentes trozos que su marido acompañaba con la guitarra, mandó éste a los niños que se acercaran al piano, y les dijo :

—Ahora, a vuestra vez, amiguitos, tenéis que darnos una muestra de vuestras habilidades.

Se puso Carlos al piano, y Lina cantó con voz



...una noche se reunió toda la familia en el salón en torno del piano... (Pág. 38.)

tímida, pero graciosa, un trozo, que su hermano acompañó.

—¡ Eso es admirable ! — exclamó la madre enternecida, abrazando efusivamente a sus hijos—. ¿Cómo habéis podido aprender todo esto en tan breve tiempo?

—No es todo — respondió la dulce Lina—, si usted quiere oírme, cantaré toda la oda.

—¡Eso te fatigaría demasiado, ángel mío!

—¡Ah! no, estoy segura de que le ha de gustar; continuaré.

Y Lina cantó con mucha serenidad lo restante de la oda.

La niña disponíase a comenzar de nuevo, cuando de repente oyeron ruido en la puerta. Se levantó el señor Erlau de su asiento para informarse de la causa de aquel estrépito, pero, al mismo tiempo, se abrió la puerta, y muchos hombres armados, al mando de un oficial, se precipitaron en el salón para prenderle. El oficial, que era un hombretón de descomunal estatura, hacía molinetes en el aire con su terrible sable. Su aspecto marcial, sus espesos bigotes, que le cubrían parte de la cara, y sus negros ojazos, infundían pavor. Sacó de su bolsillo la orden de que él era portador, *e intimó al señor Erlau que le siguiera inmediatamente para llevarle a la cárcel de la ciudad cercana.* El delito que le imputaban, era el de no ser partidario de la república y de la libertad. El honrado y pacífico señor Erlau quedó aterrado al oír esta intimación. Dirigió una mirada a su mujer y a sus hijos, y sintió que se le desgarraba el corazón. La señora de Erlau se arrodilló ante el oficial que mandaba a la tropa, y le rogó, llorando amargamente, que no hiciera daño a su marido; pero sus lágrimas no hicieron mella en aquellos pechos de bronce, y se vió rechazada con sus hijos, que aturdían con sus clamores el salón. En vano aquella madre y aquellos niños afligidos rodearon al hombre que quería llevarse al conde; y en vano le suplicaron que les permitiera acompañarle, para participar de su cautiverio; porque, por única respuesta, empujaron brutalmente al conde, dándole

apenas tiempo de recoger algunos objetos de primera necesidad, a fin de mitigar las penalidades de la cárcel.

Esta violenta separación causó el más vivo dolor a la virtuosa madre y a los amantísimos hijos, que no se atrevían a salir de casa por temor de que sospecharan que iba a reclamar el socorro de los habitantes de la aldea, y tratar de libertar al conde. La desesperación se apoderaba de ellos y elevaban las manos al cielo en ademán de súplica. La señora de Erlau tuvo que dejarse caer en un sillón, porque las piernas se negaban a sostenerla; pero muy pronto la noble señora se sobrepuso a su dolor, y dijo a los hijos:

—No perdamos tan fácilmente la confianza en Dios. El ha querido someternos a esta dura prueba, y nos concederá la gracia de sobrellevarla. Digámosle, pues, con resignación: «Hágase vuestra voluntad.»

II

La desventurada esposa dispuso en seguida todo lo necesario para conseguir la libertad de su marido. Luego que la guardia hubo partido, trasladóse ella a la ciudad, fué a hablar con los jueces, y trató de probarles que el señor Erlau era inocente, apelando al testimonio de los habitantes de las inmediaciones, para convencerlos de que el conde había vivido, desde su llegada, enteramente retirado en su quinta, sin mezclarse en los asuntos del día y aun evitando el hablar de ellos a ninguno. Con la esperanza de aplacar a aquellos hombres, la condesa se postró de rodillas ante ellos; pero no consiguió nada; fué lo mismo que si hubiera hablado a unas estatuas, pues ninguno

le manifestó el menor interés. Ni aun le permitieron entrar en el calabozo de su marido para verle, y oyó decir, con el espanto que es de suponer, que dentro de pocos días perdería el conde su cabeza en un cadalso.

Cuando, al cabo de tres días, volvió a su quinta, tuvo el inmenso dolor de verla invadida por la soldadesca. Sus bienes habían sido confiscados y la quinta entregada al saqueo, y convertida en un cuartel. No le permitieron entrar, y se vió precisada a irse como una mendiga. Solicitó la pobre señora ver a sus hijos, pero ninguno podía darle noticias de ellos, porque todos sus criados habían sido arrojados de la quinta. En esta perplejidad, la condesa lloraba desconsoladamente. Caía la noche, y no sabía la infeliz adónde dirigirse en busca de un albergue.

Mientras que la condesa erraba así, abrumada de pena, encontró a uno de sus antiguos criados, al buen Ricardo, que al punto la reconoció, y le dijo :

—¿Cómo tiene la señora valor para presentarse aquí? Se expone a que la prendan a cada paso. La señora condesa, en el acceso de su aflicción, ha hablado de injusticia, de barbarie, de tiranía ejercidas contra ustedes a nombre de la libertad, y algunos malévolos han recogido estas palabras y las han propalado. No queda a la señora otro recurso que la huída, y esto sin pérdida de tiempo. El tratar de esconder a usted, sería exponerse a muchos peligros. Es inútil pensar en conseguir la libertad del conde, y la presencia de la señora en estos contornos podría tener horribles consecuencias. Sus hijos están escondidos en mi casa; sígame la señora inmediatamente. Tengo avisado a mi hermano el pescador, que vive en las orillas del Rin; nos reuniremos con él esta noche, y

hará pasar a la señora condesa y a sus dos hijos en una barca. Sólo de esta manera podrán ponerse a salvo.

La condesa, que conocía el modo de pensar de aquel estimable hombre, siguió sus consejos y le acompañó a su casa, que se hallaba situada en la parte baja de la aldea. Pero allí tuvo un nuevo motivo de pena : Lina había caído enferma el día mismo de la partida de su madre para la ciudad. El dolor de verse separada violentamente de su padre hizo tanta impresión en la pobre niña, que se apoderó de ella una fiebre tan alta, que, en el desvarío, no conocía a nadie.

La madre, a quien esta enfermedad apenaba sobremanera, manifestó su propósito de quedarse al lado de su hija para asistirle con todo su cuidado ; pero el médico, que se hallaba presente, se opuso resueltamente, diciendo :

—No le quedan ya a la niña más que unos escasos momentos de vida ; no recobrará el conocimiento ; es como si hubiera muerto y, por desgracia, no ha menester de sus cuidados. Lo que debe usted hacer es ponerse en salvo cuanto antes y mirar por su salud.

Este anuncio dejó petrificada de dolor a la madre desventurada ; pálida y con la vista extraviada, permanecía ante el lecho de muerte de su hija. Le faltaba valor para retirarse ; parecíale que el Cielo extremaba sus rigores sobre ella. Unos hombres bárbaros acababan de arrancarle su marido, y la muerte inexorable extendía su guadaña para arrebatarse su Lina. Su corazón no podía soportar tan duros golpes, y la infeliz madre estaba próxima a sucumbir. El médico trató de nuevo de persuadirla de la necesidad de huir, y aun la cogió del brazo para alejarla de la cama de la enferma, pero la señora de Erlau, después de hacer



...pálida y con la vista extraviada, permanecía ante el lecho de muerte de su hija. (Pág. 43.)

un movimiento hacia la puerta, volvió rápidamente al lado de Lina, se echó sobre su hija, y, estrechándola contra su corazón, exclamó :

—¡ No, pobre niña, no te abandonaré ! La vida no tiene ya valor para mí, y me quedaré aquí para morir contigo.

Profirió estas palabras con un tono tan desgarrador, que fué imposible no participar de la emoción que ella experimentaba.

El buen Ricardo y su mujer rodearon entonces a la condesa, y le suplicaron que se marchara sin dilación, asegurándole que ellos cuidarían de la pequeña Lina, como si fuera su propia hija.

—Es ya de noche — añadió el fiel criado — ; la obscuridad favorecerá la fuga ; no hay tiempo que perder, señora, porque los peligros se aumentarán con su presencia entre nosotros ; no sola-

mente expone la señora condesa su vida, sino también la mía y la de mi mujer. ¿Ignora la señora que está prohibido, bajo pena de muerte, el dar asilo a quienquiera que sea, sobre todo de noche, sin haber hecho la declaración de ello a la autoridad?

Estas razones influyeron poderosamente en la determinación de la pobre madre y la decidieron por último.

—Pues bien, hija de mi alma — dijo cubriendo de besos las abrasadas mejillas de Lina—, puesto que nada puedo hacer ya por ti en este mundo, y que permaneciendo a tu lado expondría la vida de los fieles servidores que te han acogido, te confío al Señor. ¡Adiós, ángel mío!

El niño Carlos, que permanecía al lado de su madre, lloraba a lágrima viva, llevándose a los labios la mano de su hermana :

—¡Cuán dichosa eres, mi buena Lina! — dijo—. Irás al Cielo, en donde serás un ángel, mientras que nosotros tendremos que sufrir todavía muchas penalidades en la tierra. ¡Ah! ¡ojalá pudiera yo irme contigo!

Resuelta a partir la afligida madre, se arrodilló delante de la cama de la enfermita, y dirigiendo una amorosa mirada al Cielo, dijo, con voz entrecortada por los sollozos :

—Dios mío, recibid a esta niña como a una víctima, os la ofrezco resignada. Que vuestras gracias y misericordias descendan sobre ella. ¡Am-paradla, Señor!

No tuvo fuerzas para decir más, oró todavía fervorosamente por unos instantes, besó de nuevo a su hija, se levantó, tomó la mano de Carlos, y se alejó trémula y dolorida de la casa hospitalaria.

El anciano Ricardo había recogido diferentes objetos necesarios para este viaje, y precedía a la

condesa, que llevaba debajo del brazo un pequeño paquete ; Carlos no se separaba de ella, con un lío de ropa en la mano. Ricardo, aunque iba muy cargado, no perdió tiempo, y marchó con paso firme sin despegar los labios. La señora de Erlau y su hijo guardaban igualmente el silencio por miedo de hacer el menor ruido que los delatara. Hacía un tiempo malísimo. El viento bramaba con fuerza, y un tremendo aguacero caló hasta los huesos de los infelices fugitivos. Por último, al cabo de más de una hora de marcha, se paró Ricardo un instante para respirar, y dijo a la condesa :

—El tiempo es horroroso, y, sin embargo, por ello debemos dar gracias a la Providencia ; porque esta tempestad favorece admirablemente nuestra huída. Si el cielo estuviera sereno, si la luna iluminara con sus rayos estos parajes, habríamos sido descubiertos. Así, el trastorno de la atmósfera redunda en beneficio nuestro. Sucede lo mismo con todas las penalidades y aficciones de la vida humana. Los designios de Dios son admirables ; no abandona nunca a los que esperan en El.

Finalmente, en medio de la noche llegaron los tres fugitivos, cansados y chorreando agua, a la morada del anciano pescador. Entraron en la choza, tristemente alumbrada por una lámpara, semejante a un sepulcro. El hermano de Ricardo les acogió bondadosamente ; se tenía por dichoso, y affligíase a la vez de recibirlos en su casa a semejante hora, y en tales circunstancias. La condesa y su hijo se sentaron cerca del fuego para secarse los vestidos. Ricardo y su hermano los dejaron para ir a preparar la barca, y la mujer del pescador les ofreció grandes tazas de caldo, pan y vino para que pudieran restaurar sus fuerzas ; pero el espanto y frío les habían quitado las ganas y apenas probaron el caldo. Al cabo de media hora,

volvieron los dos hombres, y anunciaron que todo estaba dispuesto. La señora de Erlau y Carlos partieron, y se hallaron luego cerca del río. La luna, en su primer cuarto creciente, acababa de aparecer en el horizonte, y lanzaba de cuando en cuando un resplandor pálido al través de las oscuras nubes, como para corregir el espectáculo de aquella noche lóbrega y tempestuosa. Al tiempo de poner el pie en la barca, sintió la condesa un temblor que agitó todo su cuerpo. Aquel río ancho e impetuoso, el silbido del huracán, la lluvia torrencial, la frágil barquilla a la que iba a confiar su salvación, todo ello trastornaba sus sentidos de tal modo, que estuvo a punto de desmayarse. El anciano pescador notó su turbación, y la tranquilizó, exhortándola a tener confianza en Aquel a quien los elementos mismos obedecen; que El los protegería en la travesía.

Ricardo se separó entonces de la condesa. El fiel criado había conseguido ocultar de la vista de la soldadesca, mientras se entregaban al saqueo de la quinta, una caja de oro, un reloj del mismo metal y un par de pendientes guarnecidos de piedras preciosas, y lo entregó todo a la condesa, añadiendo algunas monedas de oro que él había podido ahorrar en sus largos años de servicio, pero sin decirle de dónde provenían estas últimas; tomó después la mano de su antigua señora, y, besándola respetuosamente, le dijo llorando y con el corazón oprimido de dolor:

—Querida y noble señora, ésta será la última vez que su antiguo criado tendrá la dicha de verla, así como a Carlitos. Nada puedo hacer por mi señora, pero Dios cuidará de ella y de su hijo, reservándole días felices. Una familia tan estimable como la de Erlau no puede ser desgraciada. De muy buena gana acompañaría a la señora en su

destierro ; mas espero ser todavía útil a mi antiguo amo ; quizás conseguiré salvarle. No dude la señora que no perdonaré diligencia ninguna para conseguirlo.

Todos lloraban a lágrima viva. La condesa volvió a recomendarle a su marido y a la pequeña Lina. El buen Ricardo lo prometió todo, y un instante después la barca alejábase de la orilla.

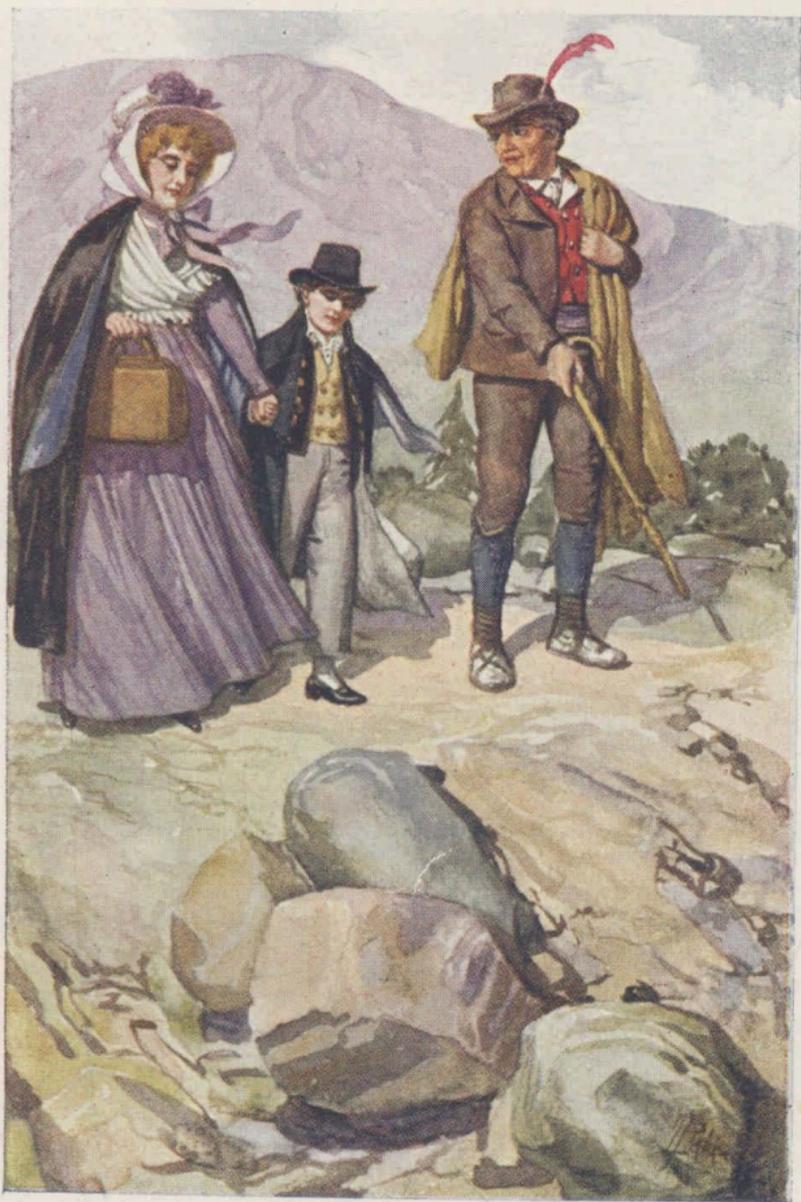
El anciano la siguió con la vista, y, cuando hubo desaparecido en la obscuridad, postróse de rodillas y, levantando las manos al Cielo, dijo :

—Me quedaré aquí en oración hasta que ellos se hallen seguros. ¡ Permitid, Dios mío, que pueda salvar también al señor Erlau y a su hija !

Y allí permaneció el fiel servidor, orando con fervor por sus antiguos amos.

III

La condesa y su hijo llegaron sin contratiempo a la orilla izquierda del Rin, y bendijeron a la Providencia por haberlos socorrido tan manifiestamente ; pero no les fué permitido quedarse en aquel país. Las personas que emigraban de Francia no podían establecerse allí fácilmente. Estaban demasiado cerca del teatro de la guerra y era preciso alejarse todo lo posible. Con arreglo al consejo que Ricardo había dado a la condesa, tomó ésta el camino de Suiza. Pero sus medios de subsistencia la contuvieron, porque mermaban considerablemente los recursos de que disponía. Dijéronle que la estancia en Suiza era muy costosa, y le aconsejaron que se fuera a Suabia. Después de muchos días de penosos viajes, dirigióse, por último, hacia el Tirol, sin saber dónde refugiarse. Al fin le dijeron que, por la mediación de



El guía se detuvo un instante, y mostró con su garrote nudoso el vallecito... (Pág. 49.)

un hombre caritativo, un anciano tirolés le ofrecía su cabaña para hospedarse en ella. Dichosa de poder fijar su residencia en alguna parte, se hizo conducir a la vivienda del tirolés por un guía, que llevó al mismo tiempo su paquete. Carlitos no se apartaba de su lado. Le fué preciso atravesar muchos valles y trepar por encumbradas montañas.

Desde la cima de una montaña elevadísima, vió la condesa en una gran profundidad un vallecillo estrecho y cubierto de verde. A la derecha del valle, y en la falda de una cordillera de riscos que se levantaban de tierra como torres, descubrió varias viviendas construídas con madera, y cuyos tejados parecían que estaban al nivel del suelo. De entre aquellas moradas rústicas se veía elevarse el remate del campanario de una pobre iglesia, techado con pizarras que reflejaban vivamente la luz del sol. A la izquierda del valle, un oscuro bosque de abetos, respetado por el tiempo, rompía algo la uniformidad de aquel país silvestre; el bosque estaba como encajonado por varias moles de riscos, y remataba en las cumbres de dos montañas cubiertas de nieves perpetuas que brillaban a través de las nubes. Aquel paraje selvático tenía, sin embargo, algo de agradable.

El guía se detuvo un instante, y mostró con su garrote nudoso el vallecito, diciendo:

—Ese lugar es Schwarzenfels. Allá abajo está la vivienda del buen anciano que quiere recibir a usted y a su hijo.

La señora de Erlau exhaló un profundo suspiro, y bajó con su hijo el declive resbaladizo de la montaña.

El anciano tirolés, que aun se mantenía fuerte y robusto, salió al encuentro de la condesa en cuanto la descubrió, y la recibió con suma bondad. Desconocía el lugareño los finos modales y

las palabras cortesananas; pero tenía un corazón bueno y sensible, y era amable y respetuoso. Aquel día se había puesto el vestido pardo que usaba los domingos solamente, su chaleco encarnado guardado de botones dorados, y su sombrero verde adornado con una hermosa pluma.

—¡Dios sea con usted, noble señora! — dijo, descubriéndose respetuosamente—. Con su llegada me proporciona un verdadero placer; me considero dichoso por poder ofrecer a usted, así como a este caballero, un albergue en mi casa.

La esposa del lugareño, vestida con aseo también y casi de la misma edad que su marido, conservaba aún, bajo las arrugas de la vejez, una cierta frescura. Esperaba a sus huéspedes en la puerta de la casa. Al verles llegar, limpióse la mano en su delantal blanco y la presentó a la condesa, diciendo:

—Sea usted bienvenida, señora; la comida está preparada. Siento no poder ofrecer a usted otra cosa mejor. En nuestra tierra no hay casi nada más que patatas, manteca de vacas, leche y pan de centeno; pero haremos cuanto dependa de nosotros para que quede usted satisfecha.

La señora de Erlau dió gracias a aquellas buenas gentes de la cordial acogida que le hacían, y entró en la casa. El tirolés la condujo a un cuartucho contiguo a la habitación que él mismo ocupaba, y cuya ventana daba vista al bosque de pinos y a los dos ventisqueros. Todo el mueblaje de aquel aposento consistía en una mesa, un banco, algunas sillas de enea y una disforme estufa de tierra de color verde muy reluciente, que servía al mismo tiempo de hornilla para preparar la comida. Al lado de este cuarto había otra pieza para dormir. La condesa lo examinó todo, quedó sumamente satisfecha de ello y bendijo al Señor por

haberle proporcionado aquel refugio en medio de tantas contrariedades. Cuando hubo tomado algún alimento, dispuso su pequeño ajuar lo mejor que le fué posible, y para no molestar a los que tan generosamente le proporcionaron albergue, preparaba por sí misma sus comidas, y empleaba el tiempo haciendo calceta o cosiendo para las gentes de fuera de casa, con lo cual ganaba algo. La educación e instrucción de su hijo ofrecían serias dificultades. Hubiera deseado instruirle por sí misma, pero carecía de libros. Además, no podía continuar las lecciones de latín que Carlos había recibido ya de su padre, puesto que ella ignoraba esta lengua.

Un día que la condesa estaba triste y pensativa junto a la ventana, oyó tocar la campana de la iglesia del lugarejo. La vieja tirolesa entró al instante en su cuarto, para decirle que el párroco de la aldea, de la que dependía aquel concejo, iba a celebrar la misa. La señora de Erlau se levantó al punto y fué a la iglesilla. Después del Evangelio, el párroco dirigió a los fieles una corta plática que conmovió hondamente a la desgraciada condesa. Al salir de la iglesia, aguardó al sacerdote y trabó conversación con él. Le habló de su situación, y halló en él un hombre piadoso, docto y amable. El párroco le hizo diversas preguntas, y le prometió interesarse por ella, cuidar de la instrucción de su hijo, y procurar los libros necesarios, dado el caso de que Carlos quisiera ir, todos los días por la tarde, a su casa, situada al otro lado de la montaña.

Las buenas disposiciones del respetable párroco llenaron de contento al aplicado niño, que fué cada día a la aldea, y halló así en las lecciones de aquel hombre ilustrado el medio de formar su es-



Al salir de la iglesia, aguardó al sacerdote y trabó conversación con él. (Pág. 51.)

píritu y corazón, al mismo tiempo que adquiría mayor robustez con el ejercicio que hacía.

Los tirolenses tienen la costumbre de criar un sinnúmero de canarios, que ellos amaestran durante los largos inviernos que afligen aquel país situado en las montañas, y que venden luego a los buhoneros que pasan por allí. En todas las chozas se veían grandes canarieras llenas de estos pájaros, y el viejo tirolés tenía también una. Carlos rogó a su madre que le comprara un canario, puesto que los daban tan baratos, y dijo:

—En casa tenía Lina siempre uno de estos pájaros. Compre usted uno, madre, y así tendremos algo que nos recuerde nuestra querida Alsacia, ya que nos vemos obligados a pasar la vida en este país tan poco favorecido por la naturaleza.

La condesa se rindió a su deseo, y el niño es-

cogió entre todos los canarios que vió el más hermoso, y el que le recordaba mejor el de su hermana.

Carlos estaba encantado con su canario. A menudo contemplaba embelesado su precioso plumaje amarillo, el pequeño copete que adornaba su cabeza, y sus alegres ojillos negros. Logró fácilmente domesticarlo. ¡Qué dicha, cuando el pájaro venía a posarse en su dedo, o coger de sus labios los pedacillos de pan que él le destinaba! A veces, mientras escribía, acudía el pajarillo, le arrancaba la pluma, o le picoteaba el dedo; de modo que, al mismo tiempo de reírse de aquellas travesuras del canario, se vió precisado con frecuencia a encerrarle para que no le distrajera de sus estudios.

La alegría de Carlos no tuvo límites cuando el pajarillo lanzó sus primeros trinos.

—Deberías enseñarle alguna tonada bonita, lo cual no sería cosa difícil — le dijo un día el anciano tirolés.

Carlos ignoraba que se puede enseñar a cantar a esa clase de pájaros y creyó que el viejo se burlaba de él. El lugareño, entonces, para convencerle, buscó un caramillo.

—¡Ah! ¡qué bonita flautita de marfil tiene usted! — exclamó el niño, con sorpresa.

El tirolés ejecutó una sonata, y enseñó a Carlos a tocar el caramillo. Como el muchacho tenía disposiciones para la música, aficionóse a aquel instrumento; y, en poco tiempo, lo tocaba tan bien como su maestro, repitiendo en seguida todo lo que ejecutaba el viejo. Desde aquel día tocaba a menudo en presencia del pájaro; y, cuando una vez repitió el canario la tocata entera, saltó Carlos de alegría por el cuarto.

—Haz, hijo mío — le dijo su madre sonrien-

do—, lo mismo que tu canario, y aprende las lecciones como él a fin de que tu maestro quede tan contento de ti como lo estás tú de tu discípulo.

El canario y caramillo distraían mucho a la madre y al hijo, especialmente en los tiempos lluviosos en que no podían salir de casa.

Pero esta pequeña distracción no podía apartar el pensamiento de la condesa de su marido y de su hija. Pasaba con frecuencia los días triste, y las noches desvelada. Todas las gestiones que había hecho para tener noticias de su país habían sido infructuosas. El cura le enviaba todas las semanas los periódicos por medio de Carlos. Una tarde volvió el niño muy contento, y, sacando del bolsillo un fajo de periódicos, lo entregó a su madre, diciendo :

—El señor cura no los ha acabado de leer, pero dice que traen noticias interesantes.

La condesa los leyó con avidez, y se convenció de que los pormenores de la guerra prometían un feliz término. La esperanza de volver luego a su amada patria vino a sonreírle y reanimar su abatido espíritu. ¡ Pero, qué dolor ! En uno de los periódicos halló una larga lista de nobles que habían sido guillotinado por su adhesión al gobierno real ; y entre aquellos nombres leyó también el de su marido Enrique de Erlau. Cual herida por el rayo, escapósele el periódico de las manos y se desplomó desvanecida. Carlos prorrumpió en gritos, que fueron oídos por el buen tirolés. La condesa estuvo largo rato privada del conocimiento, y, cuando finalmente abrió los ojos a la luz, echó una mirada moribunda sobre los circunstantes. El exceso de su dolor le ocasionó una grave enfermedad, y, durante mucho tiempo, estuvo entre la vida y la muerte, aunque solícitamente cuidada. El pobre Carlos, que no se apartaba nunca

de su cama, no tomaba descanso, y su salud se resintió considerablemente. Era una tierna flor que iba a marchitarse apenas abierta.

El buen tirolés visitaba con frecuencia a la pobre enferma, y decía moviendo tristemente la cabeza :

—Esta buena señora no pasará, quizá, del otoño, y el pobre niño tal vez no llegue a la primavera. He aquí dos víctimas que recibirán sepultura en tierra extraña. Roguemos a Dios, a fin de que se apiade de ellas.

IV

El anciano y fiel Ricardo permaneció, orando, en la orilla del Rin hasta que volvió su hermano el pescador, anunciándole la feliz travesía de la condesa. Su mayor cuidado fué, entonces, salvar de la guillotina a su buen amo ; porque Ricardo consideraba como una tremenda injusticia el hacer morir a alguno a causa de su fidelidad al soberano.

Al siguiente día, muy temprano, fué a la ciudad, en donde se hallaba su hijo llamado Roberto, a quien habían obligado a formar parte de la guardia nacional. Ricardo contaba que, con la ayuda de este joven valeroso y diestro, que montaba a menudo la guardia en la prisión en que estaba el conde Erlau, lograría libertarle. Puso, pues, a su hijo al corriente de los propósitos que abrigaba, y ambos imaginaron mil proyectos, pero ninguno cuyo resultado no fuera dudoso. Por último, resolvieron que el joven observaría con cuidado todos los movimientos, y se aprovecharía de la primera ocasión propicia para arrancar al conde de la suerte que le aguardaba. Pero esa ocasión favo-

rable no se presentaba, y Roberto perdió toda esperanza de satisfacer los deseos de su padre.

El conde Erlau sufrió, finalmente, un juicio y fué condenado a muerte. La sentencia debía ejecutarse al siguiente día por la mañana. El desventurado conde, triste pero resignado, con la cabeza apoyada sobre la mano, se hallaba sentado en su calabozo rodeado de tinieblas; porque ni aun habían pensado en llevarle luz. Menos preocu-



pado por su situación que por la suerte de su esposa y de sus hijos, se entregaba a las más penosas reflexiones. No había podido saber nada de ellos, y esto aumentaba su inquietud. Pero lo mismo que dijo con santa resignación en el momento de oír su sentencia, dirigiendo una enternecida mirada hacia el cielo, lo repitió una vez más:

—Señor, hágase vuestra voluntad.

Tenía puesta la mente en Dios, y murmuraba:

—¡ En dónde hallaré consuelos, en mi postrera hora, si no es en vos, Padre celestial! Todo lo

que hacéis es siempre para nuestro bien. A veces no lo comprendemos ; pero un día u otro adquirimos la certeza de ello. Me someto, pues, sin protestar, a cuantas pruebas os agrade enviarme, así como a los míos. Si entra en vuestros sacratísimos designios privar a mi mujer y a mis hijos del apoyo que tenían en mí en la tierra, es porque Vos les protegeréis concediéndoles vuestras gracias. Sí, lleno de confianza en Vos, presentaré mi cabeza en el cadalso, que ha regado ya la sangre de tantas inocentes víctimas. Si, por el contrario, queréis conservarme todavía algún tiempo a mis seres queridos, os será fácil abrir la puerta de mi calabozo, y substraerme a la persecución de mis enemigos.

El conde había terminado su oración y continuaba pensando en su familia, cuando se dejó oír un espantoso ruido alrededor de la prisión. De repente se abrió la puerta y el calabozo quedó iluminado con el resplandor de un incendio que acababa de estallar. A través del humo y de las llamas apareció entonces un joven guardia nacional, y dijo al conde con voz jadeante :

—¡ Sálvese usted, caballero, al instante ; sálvese, y no pierda tiempo !

Era Roberto, el hijo del fiel servidor Ricardo. Por descuido de algunos soldados embriagados, acababa de prenderse fuego al edificio en que se hallaban encerrados los presos. Los centinelas que vigilaban la entrada de los calabozos, arrojaron sus armas y cuanto podía embarazarles para atajar los progresos del fuego. Roberto aprovechó desde los primeros momentos de aquella confusión y espanto para penetrar hasta el calabozo del conde. Había recogido el uniforme y armas de un guardia nacional, y lo presentó al señor Erlau, diciéndole :

—Póngase usted en seguida ese uniforme.

El conde obedeció al punto. Roberto le dió también el sombrero con el plumero y escarapela, le ciñó el cinturón de que colgaba el sable, y le puso un fusil en las manos. La barba, que no le habían permitido afeitar desde su arresto, le daba aspecto de un militar, y le desfiguraba por completo.

—Está usted perfectamente disfrazado — añadió Roberto— ; ahora baje usted corriendo y salga de la cárcel. Espero que, con este uniforme, nadie le reconocerá. Una vez fuera de la ciudad, vaya usted a casa del hermano de mi padre, el anciano pescador, a orillas del Rin, donde le esperan.

El conde miró como un ángel del Cielo al joven Roberto, que se presentaba de repente en su prisión para devolverle la libertad. Comprendió luego la importancia del papel que era preciso representar en tan grave circunstancia. Como si hubiera estado encargado de asuntos urgentes, bajó con mucha serenidad la escalera, y gritó con voz imperiosa a los que acudían de todas partes para apagar el fuego.

—¡ Paso !

Llegó a la calle sin que le detuvieran, y se dirigió con reposado continente a la puerta de la ciudad, y como Roberto le había comunicado la contraseña, pronto se halló en los extramuros.

Era más de media noche, cuando llegó a la cabana del pescador. Llamó con los nudillos al postigo, y al cabo de unos instantes salió el pescador, que se llevó un susto tremendo al ver a un guardia nacional, pues creyó que iba a prenderlo, juntamente con su hermano, porque estos dos hombres estimables se habían creado muchos enemigos por su adhesión a la familia de Erlau. Pero,

luego que hubo reconocido al conde bajo su disfraz, exclamó, alzando al Cielo las manos :

— ¡ Alabado sea Dios ! — y le franqueó la entrada.

Ricardo había aguardado y velado por espacio de diez noches, y se arrojó a sus brazos, exclamando :

— ¡ Amo mío !

Y se abrazaron ambos llorando.

Las primeras palabras del conde fueron para preguntar por su mujer e hijos. Ricardo le dijo que la señora y Carlitos se habían puesto en salvo ; pero que Lina, a causa de hallarse gravemente enferma al tiempo de su partida, no había podido acompañarlos ; que ya estaba restablecida de su dolencia, y se hallaba en aquella misma vivienda.

Lina, que dormía en la habitación contigua, se había despertado con los gritos que dió Ricardo al ver a su amo ; y, reconociendo la voz de su padre, saltó de la cama para ir a echarse en sus brazos. ¡ Con qué fruición se abrazaron !

El señor Erlau quiso atravesar aquella misma noche el Rin, a fin de abandonar cuanto antes un país que había sido un paraíso en otro tiempo, y que, a la sazón, no era más que un teatro de carnicería. La misma barca que había servido para la travesía de su mujer y Carlitos, debía servir también para conducirle a él a Alemania. Se puso al punto en marcha llevando a Lina de la mano. Los precedió el anciano pescador, y el buen Ricardo siguió cargado con la maleta del conde. La noche estaba tranquila y hermosa. Se acercaron silenciosos al paraje donde la barquilla estaba amarrada a unos sauces ; pero, de repente, oyeron varios disparos de fusil a corta distancia, y gritar muchas voces :

—¡ Detenedle ! ¡ Detenedle !

Se había logrado fácilmente atajar el fuego de la cárcel y los soldados habían advertido al punto la evasión del conde Erlau. Las armas y uniforme que echaron de menos confirmaron sus sospechas, y se pusieron en su seguimiento con tanta diligencia, que casi alcanzaron al fugitivo. Pero los gritos que daban delataban su presencia, y el conde, Lina y Ricardo, helados de espanto, saltaron atropelladamente en la barca, e hicieron sobre-humanos esfuerzos para ganar la orilla opuesta. El anciano pescador, que no había hallado lugar en el barco, se escondió detrás de un sauce.

La frágil embarcación se había apartado apenas unos veinte pasos de la orilla, cuando llegaron los soldados, enfurecidos de ver que se les escapaba su presa. Al punto descargaron sus fusiles contra los fugitivos, que percibían, llenos de terror, el silbido de las balas. El conde mandó a su hija que se tendiera en el fondo de la barca, y él y Ricardo remaron con fuerza para ponerse en salvo. Una bala horadó el sombrero del conde, y muchas otras dieron en el remo del fiel criado. La barca, que llevaba una carga excesiva, se hundía de tal modo en el agua, que creían que iba a sumergirse a cada instante. Los viajeros, sin embargo, no sufrieron ningún daño, y llegaron felizmente a la orilla derecha del río.

Apenas hubieron desembarcado, se arrodillaron para dar gracias a Dios por haberle devuelto la libertad, y después de haber dirigido al Señor una fervorosa oración, se sentaron sobre un tronco de árbol tendido en la orilla, para descansar de su fatiga. Era un espectáculo conmovedor el ver aquellos desgraciados en una noche fría de marzo, no sabiendo qué hacer, sin amigos ni protectores, ni más amparo que el de la Providencia. Cuando,



al amanecer, se pusieron en camino, Ricardo no quiso abandonar a su amo, y, apoyado en un bastón, y llevando al hombro la maleta del conde, precedió al padre e hija, en dirección a las montañas de la Suabia, denominada la Selva Negra a causa de los oscuros bosques de abetos que las cubren.

V

La alegría que experimentaba el señor Erlau por verse libre de la persecución de sus enemigos, no podía calmar la angustia que sentía por ignorar el paradero de su mujer, a la que hubiera querido hallar en seguida. Ricardo tenía, en las inmediaciones de la Selva Negra, un amigo, un honrado labrador a cuya casa condujo desde luego a su amo, para que descansara en ella unos días antes de proseguir el camino.

—No estaré tranquilo hasta que me haya re-

unido con mi mujer e hijo — dijo el conde a su fiel criado apenas hubieron franqueado el umbral de la casa hospitalaria—. Me aseguras, es verdad, que están vivos, y que se han refugiado probablemente en Suiza; pero, ¿cómo haremos para llegar a ese país? Lina es demasiado pequeña para hacer a pie tan largo camino, y no tengo dinero para alquilar un coche.

Se sonrió Ricardo al oír a su amo, y sacando de su faltriquera un bolsillo bien provisto de oro, derramó sobre la mesa las sonoras monedas, y dijo:

—Tranquilícese, señor; es usted más rico de lo que se imagina; este oro le pertenece.

El conde no sabía qué pensar de aquella cantidad, y miraba alternativamente las relucientes monedas y a su fiel criado.

—¿Quiere saber el señor de dónde procede este tesoro? Voy a decírselo. Mientras el señor vivió prósperamente, gozaba socorriendo a los necesitados. ¿Cuántas veces no prestó dinero a varias familias que se hallaban en grave apuro? Pues bien, entretanto que el señor conde gemía en la cárcel, y la señora condesa vivía en el destierro como una proscripta, me dirigí a las personas a quienes en otro tiempo favoreció el señor, y así, he podido reunir poco a poco esa cantidad. Aunque he encontrado a algunas personas sin honor ni conciencia, que me negaron toda clase de auxilios, he hallado otras tan agradecidas, que han devuelto al señor conde más de lo que le debían, y así todo está compensado.

El señor Erlau contó las monedas, y dijo con voz entrecortada por la emoción:

—La cantidad es crecida; pero, ¿cuánto tiempo durará esto? Tarde o temprano se ha de agotar, ¿y qué será de nosotros entonces?

—No se preocupe tanto el señor conde por el día de mañana; viviremos con economía, y podremos hacer el viaje a Suiza.

A los pocos días se presentó una ocasión, y Ricardo compró un caballo y un ligero vehículo, sobre el que, con ayuda de algunos aros, podía tenderse un lienzo para resguardarse del aire y agua, y sin pérdida de tiempo se pusieron en camino. Ricardo hizo casi siempre a pie el viaje, y marchaba al lado del caballo, mientras que el conde y Lina ocupaban el carruaje. Llegaron así sin contratiempo a Suiza; pero resultaron infructuosas cuantas gestiones hicieron para dar siquiera con las huellas de la condesa y su hijo. Después de mil diligencias, y convencido de que la condesa había tomado otra dirección, resolvieron volver atrás, e ir de nuevo a la Suabia.

Entre tanto, la salud del conde habíase resentido mucho a consecuencia del indigno trato de la prisión, de las penas y pesares de su sentencia de muerte, del espanto que experimentó al tiempo de pasar en su frágil barca, y, finalmente, con las incomodidades de los viajes. Le abandonaron las fuerzas, y cayó enfermo en una pequeña ciudad de la Suabia, donde vióse obligado a detenerse y hacerse cuidar.

Ricardo alquiló unas habitaciones con una cocinilla, compró todos los objetos más indispensables y, como era muy entendido en los quehaceres domésticos, se ocupó en todo. Lina estaba siempre a su lado, y le ayudaba constantemente en cuantas faenas no eran superiores a sus fuerzas, mostrando en todas estas ocupaciones mucha inteligencia y actividad. Su padre, al principio tuvo que guardar cama, y, cuando mejoró algo, pasaba la mayor parte del día sentado en un sillón.

En esto llegó el día del santo de Lina. La niña fué muy de madrugada a la iglesia a oír misa y recomendar a Dios sus padres. De vuelta a casa, sorprendióle agradablemente el ver en la ventana magníficos ramos de alelís encarnados y blancos, que eran sus flores preferidas, y por encima de éstos una preciosa jaula en la que revoloteaba un bonito canario amarillo, cuya cabeza estaba cubierta con un gracioso copeté, muy parecido al que ella había criado en otro tiempo. El sol de la mañana inundaba con sus rayos la ventana, avivando los colores de sus flores. La niña se detuvo, pensativa, y algunas lágrimas de enternecimiento corrieron por sus mejillas, más frescas y lozanas que los más bellos alelís. El obsequio de su padre la conmovió profundamente.

—Es preciso que te contentes con tan pobre regalo — le dijo el conde, estrechándola efusivamente contra su corazón—. Hubiera deseado haer más por ti, pero ya sabes que no puedo. Cuando vivíamos en nuestra quinta, podíamos entregarnos a la alegría; se celebraba tu santo con entusiasmo, del que participaban todos los habitantes de la aldea; pero hoy los tiempos han cambiado, hija mía.

Se sirvió mejor comida que la de costumbre, y el conde recobró en la mesa una parte de su antigua alegría. Ricardo tomó aquel día asiento al lado de su amo. A los postres, el viejo y fiel criado sirvió una tarta adornada de flores, y una botella de vino rancio de Alsacia que se había podido agenciar.

El conde la destapó y llenó las copas de Lina y Ricardo, y brindó a la salud de su mujer y Carlitos. Pero tristes recuerdos vinieron a turbar aquellos momentos de dulce expansión; la pena enve-



El conde, Lina y Ricardo, llenos de asombro, miraron el pájaro... (Pág. 65.)

nenó la alegría de los tres comensales, que bebieron el vino de Alsacia mezclado con lágrimas.

Y los tres, hondamente conmovidos, guardaban un religioso silencio, como para reflexionar sobre lo que acababan de decir.

Aquel silencio lo interrumpió, de repente, el canario, que se puso a cantar el aria compuesta en otro tiempo por el conde.

—¡Dios mío! — exclamó Lina, saltando de su asiento—. ¿qué quiere decir esto? ¿Ha oído usted, padre mío? Es la música que compuso usted en la quinta para Carlos, la primera que él aprendió a tocar en el piano, y que aprendí yo misma a cantar. ¿Se acuerda usted? La cantamos la noche en que fué usted arrestado.

El conde, Lina y Ricardo, llenos de asombro, miraron el pájaro con una curiosidad fácil de imaginar y sin despegar los labios. El canario entonces, aprovechándose del silencio, repitió varias veces el aria sin omitir ni siquiera una nota.

—¡Es una cosa verdaderamente extraña! — dijo el conde, quitándose el gorro—. ¡Dios mío! Creo que en vuestra infinita bondad me proporcionáis el inefable consuelo de restituirme mi mujer y mi hijo Carlos: porque sólo ellos, que son los únicos que lo conocen, han podido enseñar ese canto al pájaro. Pero dime, Ricardo, ¿dónde has adquirido ese canario?

—Le compré ayer a un joven tirolés que tenía un puesto de ellos en la calle. Era el más bonito de la jaula.

—Entonces, ve corriendo a ver si puedes dar con ese joven. ¿Quién sabe si él nos podrá decir algo acerca del paradero de la condesa?

Ricardo no se hizo repetir la orden. El deseo de hallar a su ama tan querida le hizo olvidar sus muchos años y recorrió las calles de la ciudad co-

riendo como un muchacho. El conde y su hija esperaban su vuelta, presa de mortal ansiedad.

—¡ Cuán grande debía ser su miseria — dijo el señor Erlau—, puesto que se han visto en la precisión de vender hasta ese pobre pajarillo... o tal vez han muerto, y ese canario es lo único que han dejado!

Finalmente, volvió Ricardo acompañado del tirolés; pero el mozo no sabía nada referente a la procedencia del canario. Lo había comprado en su país a un pastor, y no había oído siquiera pronunciar el nombre de la señora de Erlau. El conde entonces le dirigió una infinidad de preguntas, y el joven respondió que, en efecto, se hallaba en las montañas del Tirol una señora y un muchacho que podían ser muy bien las personas de que se hablaba, y que el canario podía haberles pertenecido; que él había visto todos los domingos a la señora en la iglesia, y que el niño, que iba a tomar lecciones a casa del señor cura de la aldea, debía saber mucho, porque le había visto a menudo cargado con un gran paquete de libros y atravesando la montaña. Por último, dió unas señas tan precisas de la señora extranjera y su hijo, que los tres exclamaron enajenados de júbilo:

—¡ Ah! ¡ es ella!

—¡ Es mamá!

—¡ Es la condesa! ¡ Es Carlos!

Inmediatamente hicieron los preparativos para su próxima partida. El conde no se resentía ya de su dolencia. La buena nueva le devolvió, como por ensalmo, la salud y la fuerza. Lina le ayudó a empaquetarlo todo, mientras Ricardo preparaba el carricoche y ponía los arreos al caballo que había prestado a un posadero, para que así ganara

siquiera el pienso y fuera menos gravoso a su dueño.

Al siguiente día se pusieron en camino para el Tirol. El canario, instrumento de que se había valido la Providencia para reunir aquella estimable familia, no fué olvidado. La jaula fué colgada de uno de los aros del carricoche. De este modo, el conde y su hija tenían el placer de oír, de cuando en cuando, el aria que cantaba Lina.

VI

Sin contratiempo alguno llegaron los tres viajeros a la aldea de que dependía el lugarejo de Schwarzenfels. La esperanza de volver a ver luego a su amadísima esposa y a su hijo sostuvo al conde en las fatigas que él tuvo que aguantar. Lina tampoco se quejó nunca, y sobrellevó con sumo valor las privaciones a que fué preciso someterse durante aquel viaje, tan largo y penoso. El país que nuestros viajeros atravesaron, es sumamente pintoresco, y ofrece algunas curiosidades a cada paso. El viejo Ricardo conducía el carruaje; rara vez subía a éste, para no fatigar demasiado al caballo. Como el conde no hacía sino los gastos absolutamente indispensables, no tenía temor alguno por este lado, y se mostró siempre jovial y de excelente humor.

Su primer cuidado al llegar a la aldea, fué visitar al caritativo párroco y preguntarle por la condesa. El cura confirmó cuanto el joven vendedor de canarios le había contado, y después de asegurarle que la señora de Erlau y su hijo vivían todavía, añadió:

—Pero la pobre mujer lleva una vida muy triste; tiene a su marido por muerto, y desde que

supo tan funesta nueva, llora sin cesar. Ha escapado milagrosamente a la grave enfermedad que le ocasionó su profundo dolor, y, bastante mejorada ya, se va resignando con su suerte.

El conde, vivamente conmovido al saber que su mujer se había engañado sobre su existencia, suplicó al párroco que le dijera por qué conducto había llegado a ella tan falsa noticia.

Buscó el cura entre un montón de periódicos y sacó uno que presentó al conde. Leyó éste con ansiedad, y vió, en efecto, que su nombre figuraba en la lista de guillotizados cierto día. Aunque le sorprendió sobremanera este aserto del periódico, pudo, sin embargo, explicárselo fácilmente. En aquellos tiempos de confusión, semejante inexactitud no podía considerarse sino como un leve error. Se persuadió de que habían olvidado borrar su nombre que figuraba entre las demás personas condenadas a muerte, o que lo habían dejado adrede para librarse de las responsabilidades que hubiera podido acarrear su evasión.

Afligióse muchísimo el conde al pensar en las resultas que esta falsa noticia podía tener para su amada esposa, y esperó, sin embargo, que su presencia desvanecería toda pesadumbre. El respetable párroco se opuso, y con razón, a que se comunicara la buena nueva a la condesa sin una conveniente preparación, y, de acuerdo con el señor Erlau, estudió la mejor manera de hacerlo. Aunque estaba próxima la noche y hacía mal tiempo, decidieron marchar en seguida a Schwarzenfels. Había llovido durante todo el día; y, como en aquellas montañas el invierno se anticipa, comenzaron a caer los primeros copos de nieve. Partieron, sin embargo. Llegaron luego a la cumbre de la montaña poblada de abetos, desde donde se descubrían, al través de las frondosas ramas de

los árboles, las modestas cabañas cubiertas de nieve, con sus tejados planos y sus chimeneas, de las que escapaban torrentes de humo.

La pequeña comitiva se sentó en un peñasco de granito cubierto de musgo, bajo los abetos, cuyas ramas bajaban hasta la tierra, resguardándolos del aire y agua. Ricardo se adelantó solo hacia la cabaña, que el párroco le mostró con el dedo desde el lugar donde se hallaban.

La buena condesa, con vestido de luto, es-



taba sentada delante de su chimenea, cuya viva llama iluminaba el aposento. Como de costumbre, hacía calceta. Carlitos, sentado cerca de ella en una silla de paja, distraía a su madre con la lectura de un libro interesante. La señora de Erlau escuchaba silenciosa, cuando abrieron con tiento la puerta, y apareció un anciano de blancos cabellos. La supuesta viuda reconoció al punto a Ricardo, y, dejando caer su labor, se levantó apresuradamente y corrió hacia él. La alegría que ex-

perimentaba al volver a ver a su fiel criado sólo podía manifestarla con sollozos y lágrimas; le tomó las manos y le saludó con cariño, como si hubiera sido su padre. Carlos, igualmente, no podía volver de su asombro. Hizo la condesa acercar una silla, y se sentó al lado de la lumbre, colocándose el anciano enfrente.

—¡ Ah ! ¡ Ricardo — le dijo ella—, nos volvemos a ver en tierra extranjera, y en muy triste situación ! No le hablaré de la espantosa muerte del mejor de los maridos ; está aún muy reciente la herida profundísima que esa desgracia abrió en mi corazón. Pero, dígame, ¿ qué fué de mi Lina después de mi partida ? ¿ Murió la pobrecita, según temía el médico ?

Ricardo consoló a su antigua ama, diciéndole que el bondadoso médico había exagerado la gravedad de Lina con objeto de inducir a la madre a huir y poner su vida en salvo ; que la niña se restableció muy pronto y que en aquel momento se hallaba muy bien.

Los ojos de la condesa brillaron como rubíes. — Pero — repuso con acento de una cordial reconvencción—, ¿ por qué no la ha traído usted consigo ? ¿ Por qué no la ha sacado usted de una tierra en que su vida está expuesta continuamente ? ¿ Cómo ha podido usted emprender un viaje tan largo sin ella ? Eso no está bien ; suponía yo que su cariño hacia mí...

Se abrió la puerta de improviso y se precipitó Lina en los brazos de su madre. Carlos, que al primer momento quedó como petrificado de estupor, abrazóse también al tierno grupo, y los tres derramaron abundantes lágrimas. No se cansaban de mirarse y hacerse mutuamente preguntas.

Pero a este acceso de alegría siguieron todavía algunos momentos de tristeza.

—Sería completa mi dicha — exclamó la condesa — si mi marido viviera aún.

Y de nuevo lloró amargamente.

—¡ Ah! si el Cielo, en su misericordia, hubiera querido conservarme el objeto de mi amor, no tendría yo nada que desear; porque, sola y sin amparo, ¿qué podré hacer por vosotros, infelices huérfanos? La idea de mi triste situación me llena de amargura, y me hace olvidar que una madre no debe vivir sino para sus hijos, y, ¡ soy tan desdichada! ¡ Dios omnipotente, que me habéis restituído mi hija, a la que yo tenía por perdida para siempre, apiadaos de estas inocentes criaturas, y no las abandonéis!

Ricardo volvió a tomar la palabra, y, con suma circunspección y destreza, la fué preparando para comunicarle la noticia de la existencia y libertad de su querido amo. La condesa le escuchó en silencio, y comprendió inmediatamente adónde quería ir a parar. La alegría que le había causado la aparición de aquel antiguo criado y el gozo inefable que experimentaba estrechando a su hija contra su pecho, la habían dispuesto tan bien, que pudieron sin peligro anunciarle también la llegada de su marido. El conde hacía ya unos minutos que esperaba a la puerta del cuarto, y había oído la conversación entre su mujer y Ricardo.

Cuando la condesa hubo adquirido la certeza de que su marido vivía aún, exclamó, arrebatada de júbilo:

—¡ Bendito seáis para siempre, Dios de misericordia, por haberle preservado de la muerte! ¡ Ah! sí, ese hombre incomparable no puede hallarse lejos de aquí, me lo dice el corazón. Venid, hijos míos, vamos a buscarle.

El señor Erlau penetró en el aposento, y recibió en sus brazos a la condesa.

Esta virtuosa esposa, que había llorado tanto a un marido a quien tenía por muerto, no podía volver de su asombro al verle de improviso lleno de vida. Enmudecida de sorpresa, y dudando todavía si aquello no sería más que un sueño, no podía proferir una sola palabra, y le contemplaba ansiosamente al vacilante resplandor de la llama. Le era imposible expresar cuanto su corazón experimentaba. Por último, profundamente arrobada, pronunció estas notables palabras :

—Si experimentamos tanto gozo acá abajo al volver a ver nuestros seres queridos, ¿cuántas delicias deben reservárenos en el Cielo, en donde encontraremos algún día a todos aquellos cuya pérdida lloramos desconsoladamente?

El conmovedor espectáculo que ofrecía aquella familia, tan señaladamente protegida por el Cielo, hacía asomar las lágrimas a los ojos. Los condes, sus hijos, el respetable párroco y el fiel Ricardo, pasaron una velada agradabilísima sentados junto al hogar. El anciano tirolés y su mujer se unieron con ellos también para tomar parte en su alegría.

Al siguiente día por la mañana, tuvieron un nuevo motivo de alegría con la aparición del instrumento de que el Señor se había servido para reunir a la dispersada familia. Ricardo trajo el canario, que había dejado la víspera en casa del párroco. Carlos tuvo sumo contento al volver a ver su pájaro, y dijo que se había escapado durante la enfermedad de su madre, y que desde entonces había sido inútil cuanto hizo para encontrarlo.

El conde refirió a su mujer de qué manera el canario había contribuído a hacerle descubrir el lugarejo en que ella se había refugiado con su hijo, y que este feliz descubrimiento se había efec-

tuado el día del santo de Lina. Después hizo un minucioso relato de lo que habíale ocurrido desde su separación, cómo pudo evadirse de la cárcel disfrazado de guardia nacional, gracias al ingenioso ardid de Roberto, y de qué modo había pasado el Rin con Lina en la misma barca que había servido para poner en salvo a su amada esposa.

El corazón de la amante condesa, tan admirable en su desgracia, se conmovió de nuevo al oír aquellos pormenores tan interesantes y horrendos al mismo tiempo. Vió en tan milagrosa liberación la mano de la Providencia, que cuida de los suyos, y les da pruebas tan sobresalientes de amor y bondad.

—Sí — añadió—, Dios mío. Vos sois quien ha proporcionado la reunión de todas estas circunstancias para conducirlo todo a tan dichoso fin. Os habéis servido de este mensajerillo alado para enseñar a mi amado esposo el rincón del mundo donde me hallaba yo retirada. Sin este pronto fin de mis desgracias, habría muerto yo de pena este invierno; la vida era para mí una carga demasiado pesada y hubiera sucumbido sin duda a mi dolor.

Carlos participó de los sentimientos de gratitud de su madre, y le dijo:

—¿No era una buena idea enseñar a cantar a mi canario el aria que había compuesto para mí y Lina? ¡No podía yo imaginar que me estaba reservada una alegría tan grande cuando tanto me affligía por la pérdida de mi pájaro! ¿Hubiera podido sospechar que me lo quitaba Dios para restituirme por medio suyo mi padre y mi hermana? Esto demuestra que el Señor sabe, cuando así conviene a sus sagrados designios, hacer resultar un gran bien de lo que nos parece un mal. Reconozco también la verdad de lo que el señor cura

dijo en la plática del domingo pasado: que a menudo nos desesperamos en el preciso instante que Dios vela por nosotros, y que las tribulaciones que nos sobrevienen, no son sino pasajeras pruebas que deben servir algún día para nuestra dicha.

—Celebro, hijo mío — respondió el conde—, ver que hayas retenido las palabras del venerable cura de esta parroquia. Dios nos ha quitado nuestros bienes terrenales para darnos, en cambio, otros más duraderos. Espero que las desgracias que nos han affligido serán para nosotros un incentivo para adelantar en la virtud, en comparación de la cual nada son las riquezas y los honores. Con sumergirnos en la afflicción, con dispersarnos por diferentes países, el Señor ha querido darnos una buena lección. Vosotros, amados hijos míos, habéis aprendido en la primavera de la edad a no contar con los bienes de fortuna, que el menor revés puede arrebatarse a los que ponen en ellos todas sus esperanzas. No echéis en olvido, pues, que la virtud y piedad son los verdaderos y únicos tesoros que el cristiano debe acumular. Vuestra madre y yo hemos tenido el mismo temple de alma en la adversidad; con nuestra paciencia y resignación, hemos tenido la ocasión de sufrir algo por Aquel que dijo en su Evangelio: «Que el que quería ser discípulo suyo, debía tomar la cruz, seguirle, y llevarla con valor.» Así, muy al contrario de quejarnos de nuestras penas, debemos gracias a la Providencia, que nos ha proporcionado la ocasión de sobrellevar la persecución, y que nos ha preparado la recompensa en el Cielo.

El domingo siguiente, el conde y su familia fueron a la misa parroquial, y oyeron con un santo recogimiento el admirable sermón que el cura pronunció sobre el modo de soportar las tribulaciones de la vida. Nuestros personajes de-

ramaron dulcísimas lágrimas al reflexionar sobre la infinita misericordia de Dios, que los había visitado con aquella corta aflicción para hacerlos después tan dichosos. A la salida de la iglesia visitaron al señor cura para darle las gracias por cuanto él había hecho en favor de la condesa y, sobre todo, por Carlitos, que se había aprovechado tan bien de las lecciones de su venerable maestro. Los recibió el párroco con la mayor cordialidad y les obsequió con algunos refrigerios.

La conversación recayó, como era natural, sobre los últimos sucesos, y el sacerdote dijo que había encontrado al pastorcillo a quien Carlos encargó que buscara el canario el mismo día que el pajarillo se escapó. El muchacho le había confesado que, en vez de entregar el canario al hijo de la señora extranjera, lo había vendido por pocos cuartos a un buhonero. Pero, ¡cuál no fué la sorpresa de aquel picaruelo cuando supo que el canario había sido rescatado en país extranjero, y vuelto a traer a aquellas montañas!

El conde, desde aquel día, visitó con frecuencia a aquel virtuoso sacerdote que, en cada conversación, le proporcionaba nuevos consuelos.

Como, según inequívocas señales, el invierno sería muy riguroso aquel año, resolvió el conde permanecer en la cabaña de los buenos tiroleses que habían hecho tan buena acogida a su mujer e hijo; pero, como allí no había sitio para alojar al anciano, Ricardo le alquiló un cuarto en una de las cabañas vecinas.

Continuó reinando la mayor armonía en aquella familia, que era ejemplo vivo de virtudes y piedad para todos los habitantes del lugar. Se encargó el conde, como antes, de la instrucción de sus dos hijos, porque, a causa del mal tiempo,

no podía Carlos atravesar diariamente la montaña para ir a casa del párroco. El canario, objeto del cariño de todos, fué colocado en el mismo sitio que ocupaba cuando se escapó. Le cuidaron Carlos y Lina, y no lo dejaron carecer nunca de hojas verdes y pedazos de manzana a pesar del excesivo frío que se hizo sentir en aquella comarca montañosa. A menudo, cuando la noble familia se hallaba reunida en torno del hogar y contemplaba a través de la angosta ventana los remolinos de nieve agitados por el viento, el canario se ponía a cantar la música compuesta por el señor Erlau.

Y entonces Lina cantaba hasta el final la tonada que ellos aplicaban a su actual situación. En otras muchas circunstancias penosas, la familia del conde halló consuelos en el canto de aquel canario, cuando entonaba de repente el aria querida que él terminaba comúnmente con el canto de la alondra.

—Tengamos siempre plena confianza en Aquel que, por medio de este pajarillo, nos ha socorrido con tanta bondad. A menudo, para hacer manifiestas sus misericordias, escoge El a las más débiles criaturas; El es quien precipita en el abismo y saca de él, quien hiere y cura. En sus manos todo se convierte en instrumento de salud; y, puesto que tantos beneficios nos ha dispensado, no nos abandonará en lo venidero.

—Pienso como usted, señor conde — respondió Ricardo—. La vista de esos pobres pajarillos, que se posan en el alféizar de nuestra ventana durante estos tiempos de frío, me conmueve extraordinariamente; con frecuencia recuerdo aquellas palabras de nuestro divino Salvador: «Mirad las aves del aire, ellas ni siembran, ni siegan, ni hacen provisiones en sus graneros, y, sin embargo, cuida de ellas mi Padre celestial. Y vosotros, ¿no sois

mucho más que ellas, hombres de poca fe?» Cuando contemplo ese canario, estas palabras hacen todavía mayor impresión en mí, y si comienza a cantar los trinos que ha aprendido, admiro más y más la bondad del Criador, que ha dado tal instinto a esas inocentes criaturas; mi confianza se aumenta, y el desaliento no puede apoderarse de mí. No ceso de repetirme que cualesquiera que sean los males que puedan sobrevenirnos, no seremos nunca desamparados por el que alimenta a las aves, y da pasto a los cuervos.

Lo que el conde había pronosticado, no tardó en realizarse. Los recursos de la noble familia quedaron agotados el invierno. Entonces el conde vióse obligado a procurar el sustento de todos por cuantos medios decentes y honrados se presentaron. La condesa, que poseía muchas habilidades, estableció un pequeño obrador para enseñar a las muchachas a coser, hacer calceta, bordar y, generalmente, todo lo concerniente a las labores y quehaceres domésticos. Su inteligencia, actividad y economía, la sacaron del apuro, y, sin poseer riquezas, llegó a gozar de una existencia relativamente desahogada. Aunque criada en la opulencia, no se avergonzó jamás de descender a humildes faenas para instruir a las muchachas que las familias le confiaban.

—Sólo el pecado es malo y humillante — decía con frecuencia a su marido, a quien tantas virtudes y resignación conmovían profundamente.

Privada esta familia de cuantos beneficios gozara en otros tiempos, no dejó de pasar días felices en aquella medianía, a menudo preferible a las riquezas, aguardando que pluguiese a Dios abrirles el camino de su patria.

Los acontecimientos se iban sucediendo en Francia con asombrosa rapidez; pero no era siem-

pre posible a los nobles volver a ella. Por último, llegó aquel tan deseado día. El conde de Erlau dejó el Tirol después de una estancia de varios años, y volvió a Alsacia tan pobre como había salido de ella. Más adelante le fué devuelta una parte de sus bienes, y, si no con su antigua opulencia, pudo vivir con mucha holgura. Su primer cuidado fué, entonces, el de recompensar lo mejor que pudo al anciano Ricardo, a su hijo Roberto, así como al pescador de las orillas del Rin, para quien hizo edificar una casa mayor y más cómoda que su humilde vivienda.

Y, como en el pasado, el conde consagró su vida a las obras de caridad y la práctica del bien, secundado por su esposa y sus hijos, y la bendición de Dios fué constantemente su merecida recompensa.

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

Los volúmenes de esta biblioteca, magníficamente ilustrados con numerosas ilustraciones en negro y cuatro cromotipias, pueden distribuirse como premios en los colegios de niños, tanto por su baratura, por el lujo de la impresión, belleza de los grabados en negro y en colores y la bonita encuadernación, como por lo sano e instructivo de su lectura.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- | | |
|--|---|
| 1. El molino de los Pájaros. | 24. Un drama en los aires. |
| 2. Corazones dormidos. | 25. Por mentir. |
| 3. Flores de juventud. | 26. Rosina. |
| 4. La vanidosa Alicia. | 27. Paquito el explorador. |
| 5. El espadachín. | 28. Desconocida aventura de
Teresa Panza. |
| 6. El heredero. | 29. El Angel. |
| 7. La fuerza del bien. | 30. Ib y Cristina. |
| 8. El sueño de Pepito. | 31. El último sueño del ro-
ble. |
| 9. Juegos y hazañas de ani-
males. | 32. El cofre volador. |
| 10. Cuentos de Andersen
(tomo 1.º). | 33. El tío «cierra el ojo». |
| 11. Cuentos de Andersen
(tomo 2.º). | 34. La virtud del borrico. |
| 12. La cabaña del tío Tom. | 35. Fábulas de Iriarte. |
| 13. Robinson. | 36. En otros tiempos. |
| 14. El teatro de los animales. | 37. La campana. |
| 15. Verdades y fantasías. | 38. Los forzadores del blo-
queo. |
| 16. Mimos de niña. | 39. Una ciudad flotante (pri-
mera parte). |
| 17. El instinto de los ani-
males. | 40. Una ciudad flotante
(segunda parte). |
| 18. El amor y la guerra. | 41. Miguel Strogoff (1.ª parte). |
| 19. El premio gordo. | 42. Miguel Strogoff (2.ª parte). |
| 20. Un ministerio de anima-
les. | 43. Las Indias negras (1.ª parte) |
| 21. La pícara vanidad. | 44. Las Indias negras (2.ª parte) |
| 22. Un Charlot del mundo
animal. | 45. El rigor de las desdichas. |
| 23. Un experimento del doc-
tor Ox. | 46. Los huevos de Pascua. |
| | 47. La guirnalda de flores. |
| | 48. La paloma. |